MADE IN GERMANY
STAEDTLER
Noris ergosoft

YO CUENTO, TÚ CUENTAS…
CON NÚMEROS Y LETRAS

Cinco cuentos infantiles

CONCHA M. MIRALLES

YO CUENTO, TÚ CUENTAS… CON NÚMEROS Y LETRAS

Cinco cuentos infantiles

Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo

Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Secretaría General

© Consejería de Educación, Formación y Empleo. Secretaría General

Servicio de Publicaciones y Estadística

© Del texto: Concha Martínez Miralles

© Ilustraciones: María Elisa Campuzano Rodríguez, Francisca Fe Montoya, José Ángel Jiménez García y David Belando Fernández

ISBN: 978-84-692-3042-8

Depósito Legal: MU-1.993-2009

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Tipografía San Francisco, S.A.

tsf@ono.com

A mis hijos, Alejandro y Víctor Miguel.
A mi madre (in memoriam).

Querido niño o niña:

En este libro hay cinco cuentos infantiles y un secreto.

Como sé que a los niños les gustan mucho los secretos, y éste es un libro para niños, empezaré por desvelarlo.

Una vez, cuando también yo era niña, me contaron un cuento sin historia. Dirás que no puede ser, pero sí, sí que puede ser… El caso es que aquello me intrigó tanto, me parecía tan imposible, que pasé mucho tiempo imaginando la historia desconocida que explicara aquel cuento sin fuste. Y sucedía que cada vez que me ponía a imaginarla era totalmente distinta a la vez anterior. Y, cada vez que pensaba una explicación para ese cuento absurdo, sucedía que en realidad estaba inventando un cuento nuevo y completo, pero, como no tenía la costumbre de escribirlos acababa por olvidarme de ellos. Algunos de los cuentos que inventaba me gustaban más que otros, y me hubiera encantado guardarlos en algún lugar, pero no sabía bien cómo hacerlo. Aún no había descubierto que la escritura sirve para eso: para fijar lo que no quiere olvidarse.

Seguramente, así fui aprendiendo a soltar el hilo de la fantasía que llevaba dentro, como quien suelta la cuerda de una cometa y la deja volar muy alto, hasta rozar las nubes.

Ocurrieron varios incidentes más, que también tuvieron su importancia en eso de tomarle el gusto a inventar historias. Y hay más secretos que hacen que la cometa de cada uno pueda ir por cielos maravillosos y ver desde lo alto paisajes

increíbles, pero esos sólo pueden descubrirse en privado, cuando se está en silencio con un libro en las manos, bien sea para leerlo o para escribirlo.

Igual no lo has pensado nunca, pero leer es mucho más arriesgado de lo que parece; es una verdadera aventura.

Cuando un niño abre la primera página de un cuento debe ir bien preparado, porque puede saber de dónde sale –de su habitación, del salón, de la biblioteca de su barrio…–, pero no con lo que se va a encontrar en el viaje de la lectura, y mucho menos dónde y cómo acabará. Lo que es seguro es que deja sus zapatos para calzarse los de los personajes que va a acompañar hasta el final de la historia. Y, en el camino que recorra, quizá se encuentre con lobos, brujas, casas encantadas, hadas buenas, príncipes valientes, seres malvados…, porque de todo puede encontrarse en las páginas de un libro de cuentos. Por eso es preciso ser valiente, porque casi siempre, el lector, tendrá que acompañar a los personajes en aventuras y peligros, en tiempos y lugares diferentes al suyo, hasta llegar a un fin que nunca se sabe cómo será, si feliz o no.

En las páginas de este libro hay cinco cuentos infantiles. Los escribí mientras imaginaba historias que a mí misma me hubiera gustado leer alguna vez. Y así, te encontrarás, por ejemplo, con un abuelo al que se le escapan los recuerdos y con su nieta, que inventa algo para evitarlo. También están los números y las letras, cuando aún no sabían bien cómo tenían que funcionar y no daban pie con bola. Hay una muñe-

ca que quiere dejar de ser la más admirada del escaparate simplemente porque va bien vestida… Y también anda por allí un niño que no entiende un relato y que decide investigarlo –¿te suena de algo esa historia?

Bienvenido a este libro de cuentos. Ojalá te invite a imaginar otros.

LA PLAZA DE LAS MEDIAS LUNAS

Ilustraciones: Francisca Fe Montoya

Francisca Fe nació en Calasparra (Murcia). Se diplomó en Magisterio y obtuvo el Premio Extraordinario Fin de Carrera. Posteriormente se licenció en Pedagogía. Su primera exposición individual fue en "La Cárcel" de Molina de Segura en 2004. Cuadros suyos se han expuesto, asimismo, en Francia, y en la actualidad tiene previsto participar en una exposición colectiva. Asimismo, sus cuadros han sido portada en más de una veintena de libros, así como ilustraciones para revistas.

La autora define su pintura como el camino para expandir la imaginación sensorial, emocional, intelectual y poética ampliando los límites de lo aparente. Buscar la dimensión mágica de la existencia, para que al ser contempladas sus obras, se establezca el contacto con el misterio que somos todos.

Elisa tiene siete años. Todos los días, a la hora de la merienda, va con su madre y su hermano pequeño a un jardín que hay cerca de su casa. Es un sitio que a ella le gusta mucho. A Elisa le parece que la gente que va allí es más feliz que en otras partes, y no sólo porque hay flores de todos los colores y los pájaros trinan con cantos muy variados y bonitos, que también.

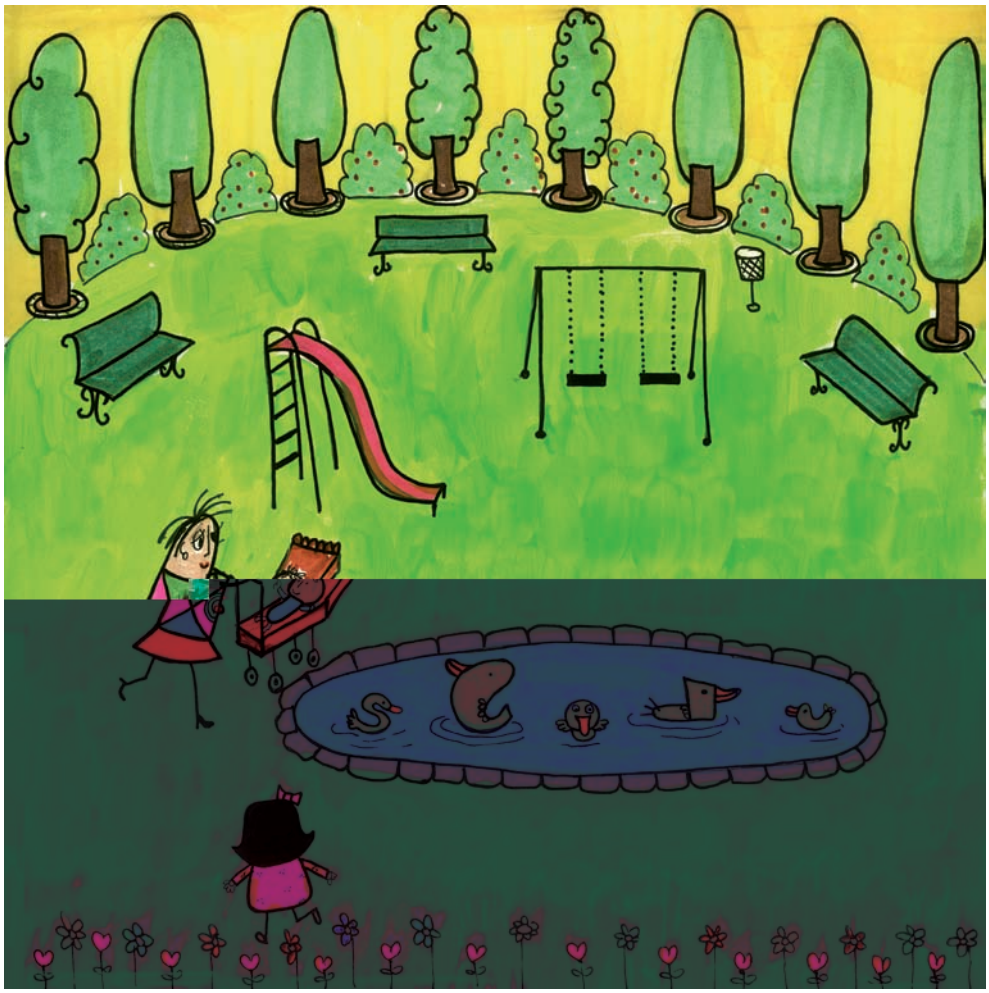
Siempre que va, juega y se divierte con sus amigos todo el tiempo. Pero, además, a ella le gusta que allí se reúnan tantas madres para pasear a sus bebés.

Un día, cuando ya había aprendido a leer, se detuvo para ver lo que ponía en una placa a la entrada del jardín: *Plaza de las Medias Lunas* –decía el letrero.

– Mamá, ¿por qué se llama este sitio así?

– Es una bonita historia. ¿Quieres que te la cuente?

La madre de Elisa empuja el carricoche, con su bebé. A Víctor, aunque es muy pequeño, le encanta que lo saquen de paseo, y lo dice a su manera. Lo hace dando pataditas con sus pies, moviendo los brazos, riéndose mucho y haciendo unos sonidos que todavía no son palabras: ¡aaaaaajj!, ¡eeee!, ¡aaatata!



Cuando hace todo eso, su mamá y su hermana Elisa saben que está contento. Es como si dijera: ¡bien!, ¡bien!, ¡viva!, ¡viva!, ¡esto me gusta mogollón!

– ¡Mira, mamá, Víctor ya sabe que venimos al jardín!

– Y también sabe que es su hora de tomar el pecho. ¡Anda, que no eres tú cuco ni nada! –le dice su madre.

– Cuéntamelo… Elisa quiere saber por qué ese jardín se llama La Plaza de las Medias Lunas.

Antes, este lugar no era como ahora –empieza diciéndole su madre.

– ¿Cómo era? –interrumpe Elisa. ¿No tenía árboles?

– Sí que tenía… –responde la mamá.

– ¿No había pájaros?

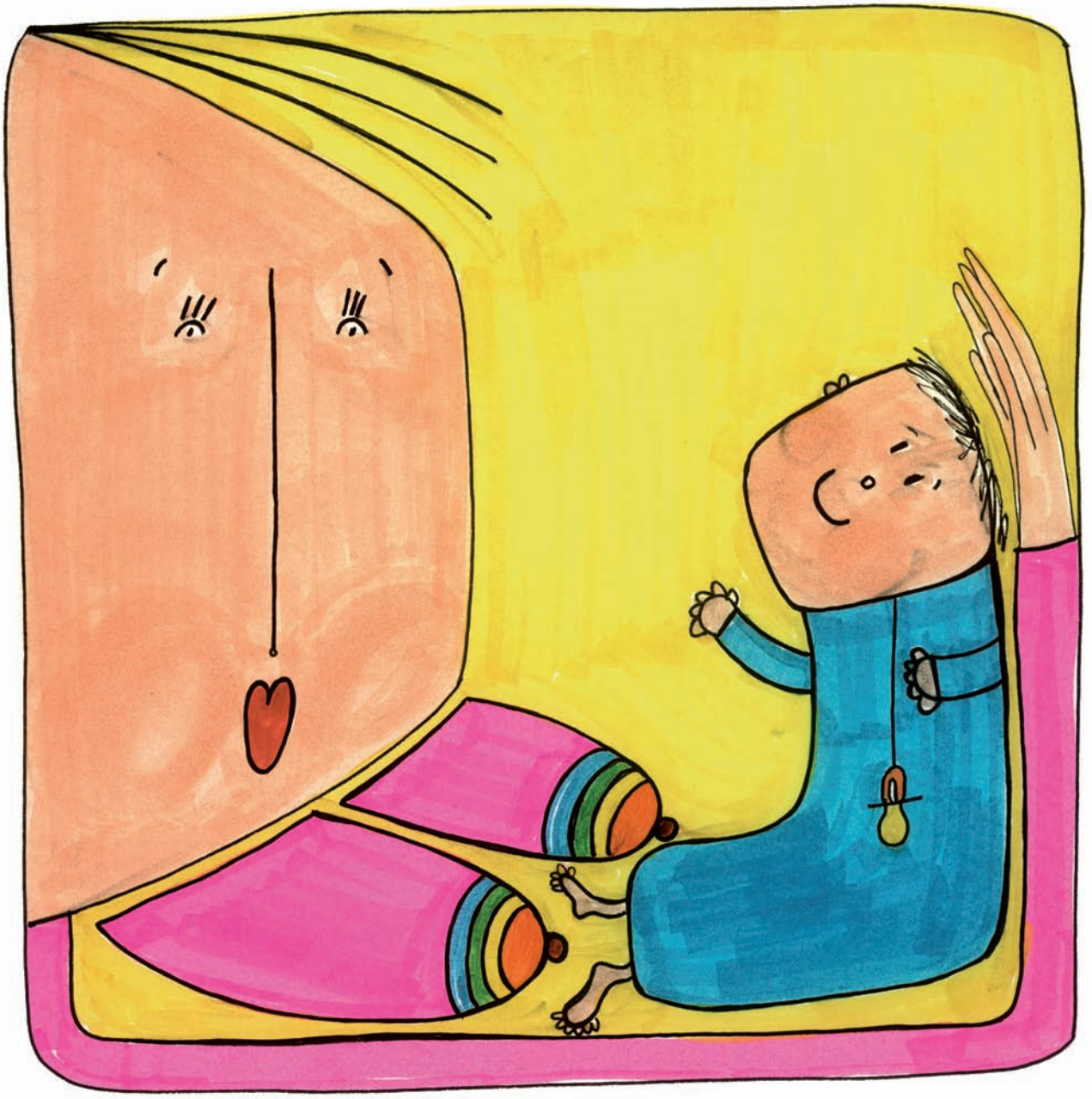
– Sí que los había…

– ¿No venían niños?

– Sí que venían…

Este jardín era como son casi todos los parques antes de que suceda algo importante –le explicó a la niña. Claro que había árboles y plantas, y bancos pintados de verde, y columpios, y toboganes, y también estaba el estanque de los patos, y todas estas flores de colores que tanto nos gustan y que huelen tan bien…

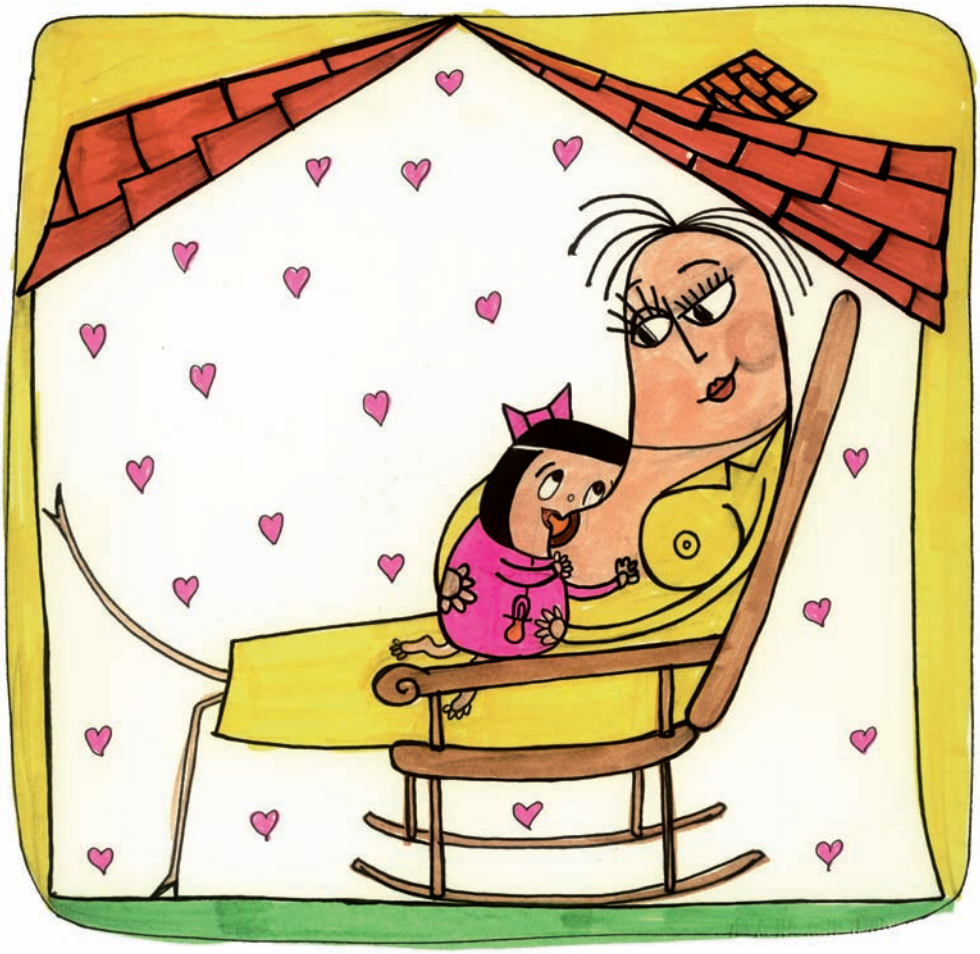
– ¿Entonces…? –interroga Elisa.



– A esta plaza acudían todas las tardes muchas personas a pasear, y abuelos a tomar un ratito el sol, y niños a jugar… Y cada tarde también llegaba una mujer morena y delgada, con su bebé. La mujer no hablaba con nadie. Se sentaba en aquel banco del fondo, el que está al lado del pino más alto, ¿lo ves? Luego, tomaba a su pequeño, se abría la blusa y le daba el pecho.

– ¡Ah!, exclamó Elisa, ¡pero eso lo hacen todas las mamás que tienen un bebé!

– Sí, pero no desde siempre. Yo, por ejemplo, cuando tú eras tan pequeña como Víctor, te daba el pecho, igual que a él, pero cuando estábamos en nuestra casa. No me parecía muy bien darte en un parque, o en otros sitios donde nos viera la gente.



Elisa se ríe. De pronto recuerda algo que le contó la abuela, y pregunta:

– ¿A que me dabas teta en la mecedora que hay en el salón?

– Sí, ese era nuestro sitio favorito.

– Y también le das allí teta a Víctor. ¡Yo te he visto!

– Sí, claro, pero ya ves que a él también le doy el pecho aquí, en la Plaza de las Medias Lunas.

– ¿Y a mí por qué no me dabas aquí, si sabes que este parque me gusta mucho? ¿Era porque hacía frío?

– No, no era por eso…

– ¿Era porque yo no tenía hambre?

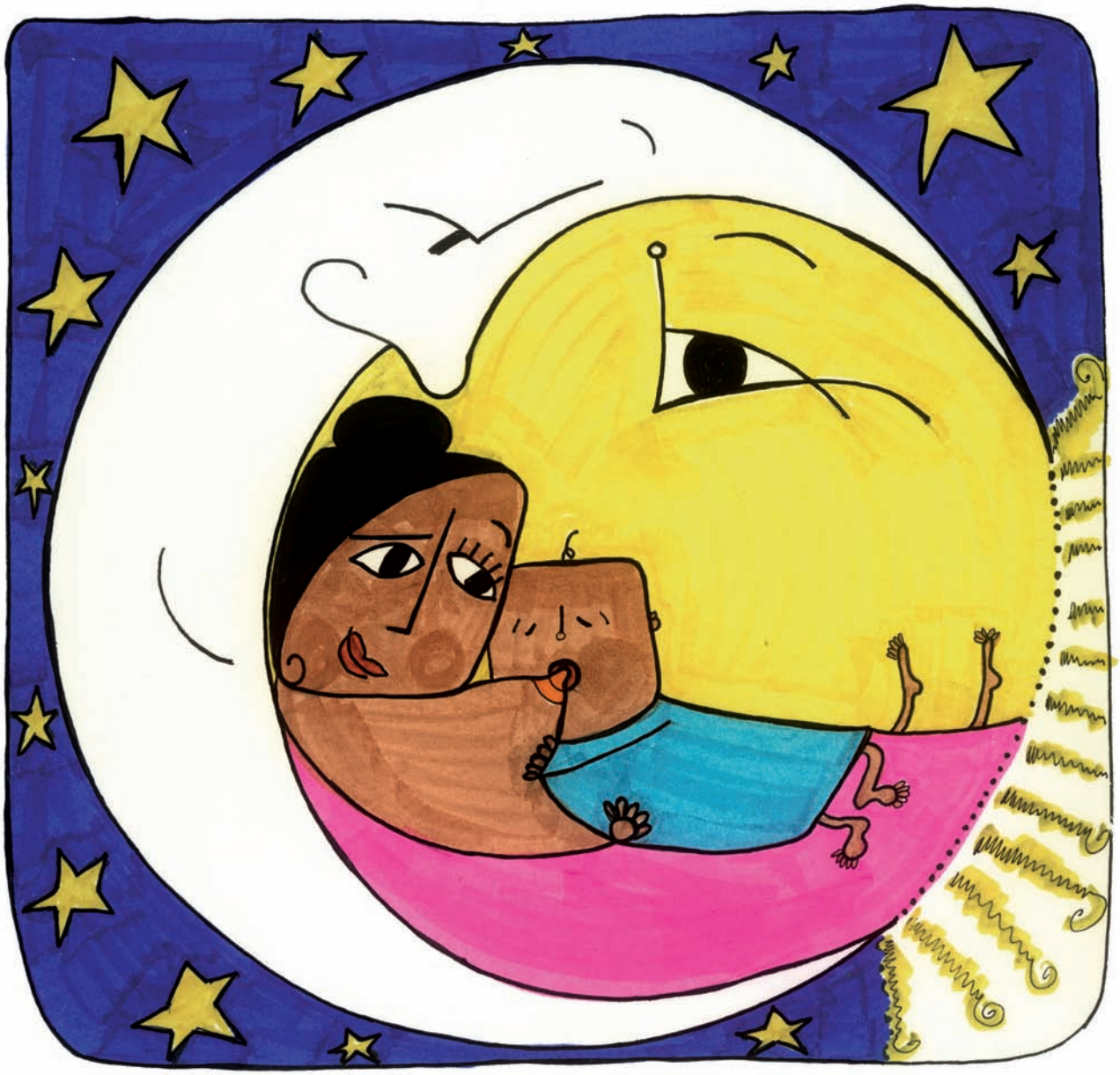
– No, tampoco era por eso…

– ¿Era porque estaba durmiendo y no querías despertarme?

– No, no…

Elisa sube los hombros y hace un arco con sus cejas. Ya no se le ocurren más preguntas.

– Era… por vergüenza. Me daba vergüenza darte de mamar en un parque. Por eso, si tú tenías hambre, yo te daba un biberón. A casi todas las mamás de esta ciudad nos pasaba lo mismo: teníamos vergüenza. Hasta que vimos a aquella mujer dándole el pecho a su bebé, tan tranquila, tan contenta, tan feliz de hacerlo donde a ella más le gustaba, mientras le cantaba una bonita canción a su bebé.



– ¿Tú te sabes esa canción?

– ¡Pues claro! La escuché muchas veces, y me la aprendí.

– ¿Me la cantas?

La mamá de Elisa toma en brazos a su bebé, que empieza a gimotear, coge a Elisa de la mano y canta:

A mi niño canto
la nana nanita,
mientras él se duerme
con una sonrisa.

Toma de mi pecho,
mi niño del cielo,
tú eres la estrellita,
la que yo más quiero

La niña sonríe. Le ha gustado que su mamá les cante esa canción a su hermano y a ella. Pero no ha terminado de contarle la historia. Ella espera que su madre tenga una buena explicación, pues eso de la vergüenza le parece poca cosa, algo muy tonto, en realidad. Elisa siempre ha visto a las madres darles de mamar a sus bebés en aquel jardín, y le parece muy normal y muy bonito, algo que a ella le gustaría hacer alguna vez si un día fuera mamá, por eso insiste a su madre:

– Pero ahora no te da vergüenza darle a Víctor de mamar aquí. Lo haces todas las tardes, y a él le gusta mucho.

– Eso es lo mejor de la historia de la Plaza de las Medias Lunas.

– Al principio, los primeros días que aquella mujer morena y delgada le daba el pecho a su hijo en la plaza, hubo algunas personas que la miraron mal y le dijeron cosas que no estaban bien.

– ¿Qué le decían?

– "¡Vaya descarada!", "¡eso no se hace en un parque, donde te pueden ver los niños!"

Pero la mujer no les hacía caso. Ella estaba feliz de hacer lo que hacía, y le daba igual lo que la gente opinara. Y un día… ¿Sabes qué ocurrió? Elisa miraba a su madre muy atenta. Estaba impaciente por saberlo.

– Pues que tú tenías mucha hambre, llorabas porque era tu hora de tomar, y yo había olvidado el biberón en casa, así que tampoco a mí me importó desabotonar los botones de mi vestido y darte de mamar aquí mismo, en este mismo banco donde estamos ahora. Saqué mi pecho, rebosante de rica leche, y te di de comer con mucho amor y sin ninguna vergüenza. Las dos sentimos algo muy bonito. Nos gustó sentir mientras tanto este aire puro, escuchar la risa de los niños que jugaban, el canto de los pájaros, el olor de las flores... Por eso cada tarde, desde ese día, ya no me llevé preparado el biberón. Bastaba con mi pecho para ir a todas partes.

Al día siguiente, otra mamá que nos había visto darle de mamar a nuestros bebés en la plaza también se atrevió a hacerlo con el suyo. Y al día siguiente hizo lo mismo otra mamá, y otra, y otra… Al cabo de unas semanas este parque era un lugar diferente, como más alegre, donde las madres veníamos con nuestros hijos y disfrutábamos el momento de estar aquí.

Ya no teníamos vergüenza de hacer algo tan maravilloso como darles nuestro alimento en el parque a nuestros hijos. Por eso a esta plaza la llamaron así: La Plaza de las Medias Lunas, porque el pecho de una mujer se parece un poco a la luna.

Elisa se ríe contenta. Le ha gustado la historia. Víctor ya tiene hambre, lloriquea y mira a su madre. Él sabe que sólo ella tiene lo que necesita, lo que puede darle… Cuando se lo pone al pecho, el niño se agarra con fuerza. Su hermana lo observa, satisfecha de ver lo bien que se alimenta, y de comprobar que su madre siempre tiene soluciones tan buenas y tan a mano.

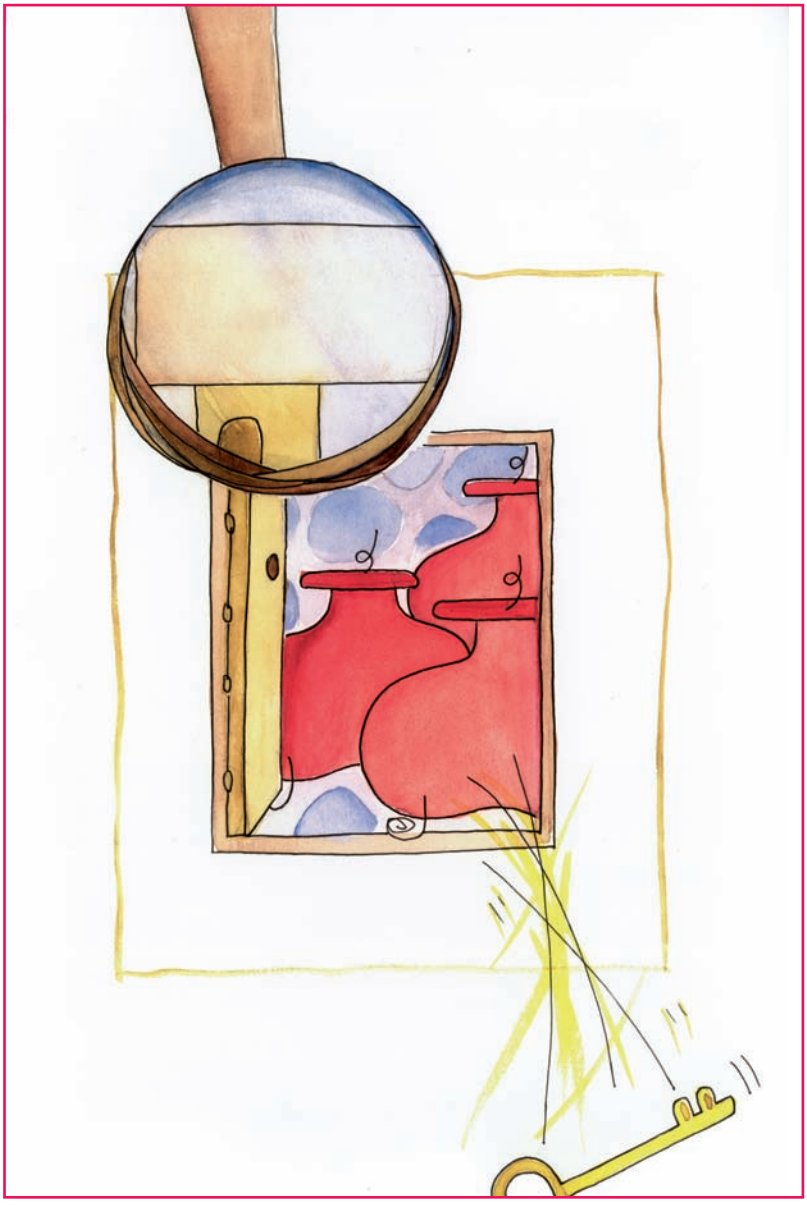
Se alegra de que su mamá ya no tenga vergüenza y le dé de comer allí a Víctor. A ella le gusta mucho ver cómo lo hace.

Algo ocurre, sin embargo, entre su hermano y su madre cuando ésta le da el pecho, que no acaba de comprender.

Ella no puede entenderlo, porque es sólo una niña, pero adivina que es algo magnífico, y que algún día sí lo entenderá. A su madre le brillan los ojos de una forma especial y se pone muy guapa cuando le da su alimento, mientras acaricia, le habla y le canta a su bebé. Y, Elisa no sabe bien por qué, pero a ella le parece que eso mismo también les ocurre a las demás mamás que les dan el pecho a sus hijos en la Plaza de las Medias Lunas. Allí ya no hay nadie que diga: "¡Vaya descarada!", porque lo que ocurre en aquel jardín es algo precioso, un pequeño milagro que da gusto ver.

Como hay un columpio libre, Elisa corre a montarse en él, mientras su madre sigue con su hermano. La niña toma impulso y se columpia alto, muy alto. Si pudiera querría alcanzar la luna, que acaba de asomarse en el cielo. Está bonita, rozando con una de sus puntas, como si la besara, una estrella chiquita y brillante.

ARTURO Y LAS TRES BOTIJAS



Ilustraciones: María Elisa Campuzano Rodríguez

María Elisa lleva algo más de treinta años amando el arte, desde que en el verano del 77 viera la luz por primera vez. Con el lápiz siempre entre Murcia y La Algaida, su tierra natal, guarda en su interior todos aquellos recuerdos de cientos de ilustraciones y diseños que marcaron su infancia. Licenciada en Psicología y Especialista en Arteterapia lucha por introducir de lleno el campo del arte en la Atención Temprana para Personas con Síndrome de Down, trabajo que desempeña en ASSIDO Murcia. Psicóloga, Artista y Mamá son quizá las causas que hacen que sus diseños desprendan dosis altísimas de sensibilidad y ternura.

Contacto: mariaelisacampuzano@yahoo.es

Todo empezó con un cuento. Al principio, cuando era muy pequeño, a Arturo le gustaba que le contaran todas las noches uno. Era una buena costumbre, un ritual que su madre había cultivado desde que era un bebé. Ella había leído un libro en el que decía que así los más pequeños se iban contentos a la cama y tendrían dulces sueños. A medida que fue haciéndose mayor, Arturo descubrió que también le gustaba leerlos él sólo, y de esta manera fue como se convirtió en un gran lector de cuentos e historias. A sus nueve años ya se había leído todos los que tenía en casa, que eran muchos, y bastantes de la biblioteca municipal a la que acudía con frecuencia. Mery, la bibliotecaria, era para él una especie de consejera particular de lecturas; ella le aconsejaba y le reservaba los mejores libros. Pero a Arturo, a veces, también le gustaba imaginar sus propias historias, cuentos que todavía no habían sido escritos por nadie y que, quizá cuando él fuera mayor, se atrevería a escribir.

– Algún día –le dijo una vez a Mery– yo también escribiré bonitas historias.

– Seguro que lo harás muy bien –lo animó ella. Para hacerlo sólo necesitarás mucha fantasía, un lápiz y un cuaderno.

A Arturo le gustaban casi todos los cuentos, menos algunos que a él le parecía que no tenían historia. Esos lo desesperaban bastante. Y, de todos, el que más perplejo lo dejaba era uno muy corto que por lo visto era muy antiguo, y que decía así:

"Había una vez un rey que tenía tres hijas,
las metió en tres botijas y las cubrió con pez.
¿Quieres que te lo cuente otra vez?"

Ese cuento no tenía sentido, y encima no tenía fin, porque podía volver a repetirse una y otra vez, sin contar nunca lo que pasó con las tres hijas del rey y por qué éste las había metido en botijas.

– ¡Vaya tontería de cuento!

Por más vueltas que le daba no le encontraba la gracia. A no ser que… ¿Y si alguien conocía lo que se ocultaba detrás de ese cuento a medias? A él se le había metido en la cabeza descubrirlo, y no iba a parar hasta lograrlo. No en vano, en su casa tenía fama de ser un poco cabezota.

Le preguntó a su abuela.

– Yo, hijo, no sé más de ese cuento que lo que dice. Lo conozco así de toda la vida. El rey metió a sus hijas en tres botijas, y punto pelota –dijo la anciana.

– ¡Pues vaya! ¡Y punto pelota!

El día que cumplió nueve años, Arturo recibió dos regalos que le gustaron mucho.

– ¡Una lupa! ¡Qué estupendo! –dijo al abrir el primero de ellos. Y luego, al destapar el segundo:

– ¡Qué cuaderno tan bonito! Es genial, aquí podré escribir las cosas que me vayan pasando.

Nunca antes lo había pensado porque, hasta ese día, cuando imaginaba lo que quería ser de mayor, sólo pensaba en ser inventor de historias, pero con aquella lupa en su poder Arturo decidió que sería detective.

– ¡Podré descubrir lo que nadie sabe! –exclamó. Y era cierto, con aquel instrumento Arturo podría ver mucho más de lo que los ojos de cualquier persona ven a simple vista. Tendría a su alcance las pistas ocultas y los secretos mejor guardados. Le gustó pensar que todos lo respetarían mucho. Pero… ¿qué podría investigar?

– ¡Ya sé! Voy a averiguar qué es lo que pasó en esa historia del rey y las botijas. El mundo tiene que saber toda la verdad sobre ese asunto.

Cuando se miran las cosas de forma especial pueden verse muchos más detalles de los que a simple vista aparecen. A veces hay personas que llevan puesta esa bonita mirada en los ojos, y con su sensibilidad diferente ven lo especial de la vida y de la gente. Arturo era una de esas personas; con sus ojos de todos los días no sólo podía ver lo que se le ofrecía a simple vista, sino que imaginaba infinitamente más. En ocasiones era un poco despistado, pero con su flamante lupa no se le iba a escapar detalle. Con ella podría hacer visible lo invisible, conocer lo desconocido, revelar lo oculto… Realmente, con aquel regalo se sentía muy poderoso.

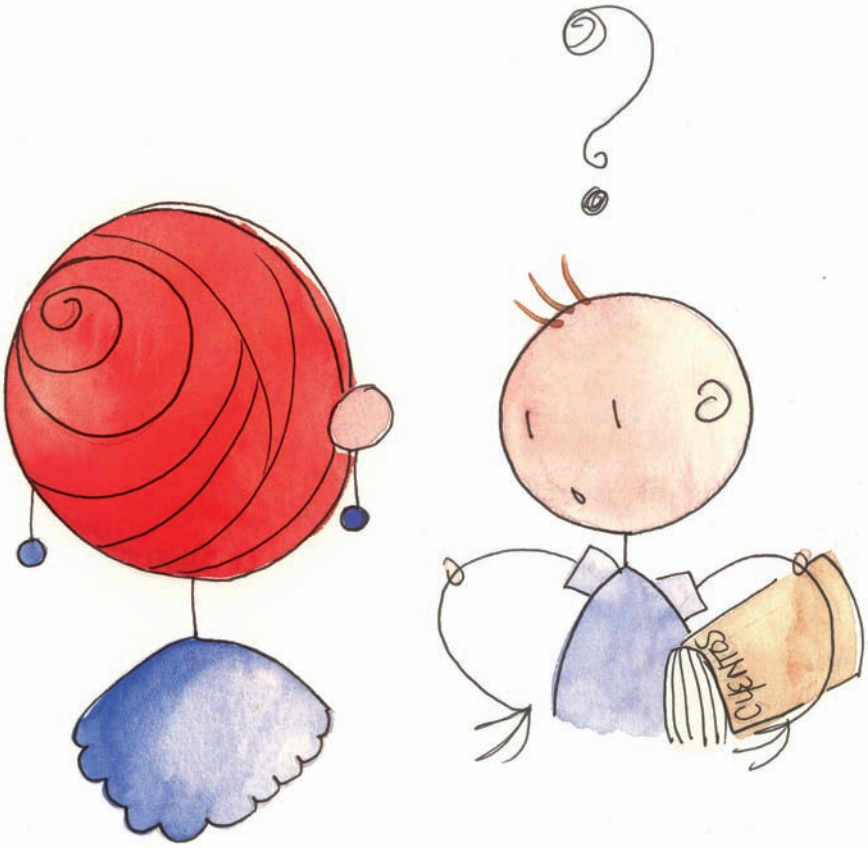
La historia del cuento del rey y las tres hijas que metió en botijas tendría que haber sucedido hacía muchos, muchísimos años. No iba a ser fácil investigar los hechos, porque todos los implicados ya estaban muertos desde hacía mucho tiempo, el castillo vete a saber dónde paraba, y de las botijas no quedaría ni rastro. Ni siquiera las personas más ancianas que él conocía podrían ayudarle un poco.

– Los reyes de antes hacían cosas así de horribles –le dijo la abuela.

– Pero habría algún motivo para que ese rey metiera a sus hijas en botijas.

– Pues, tal vez sí, tal vez no… No todos los reyes fueron buenos.

Hablando con la abuela, sin embargo, Arturo llegó a una valiosa conclusión: si aquel cuento era muy antiguo debía encontrar el libro de cuentos más viejo que existiera, y buscar dentro de él alguna pista.



Aquella tarde Arturo fue a la biblioteca. Seguro que Mery podía decirle algo útil; ella siempre tenía soluciones sencillas para todo.

Efectivamente, enseguida supo cómo podría ayudarlo. De la estantería más alta e inaccesible sacó un libro muy desgastado y voluminoso, cubierto de polvo, con las hojas amarillentas y estropeadas por el paso del tiempo.

Hace muchos años que no se lo dejo a nadie. Trátalo con cuidado; es un ejemplar único, y pronto comprobarás que muy especial –eso último se lo dijo en voz baja, como si se tratara de un secreto.

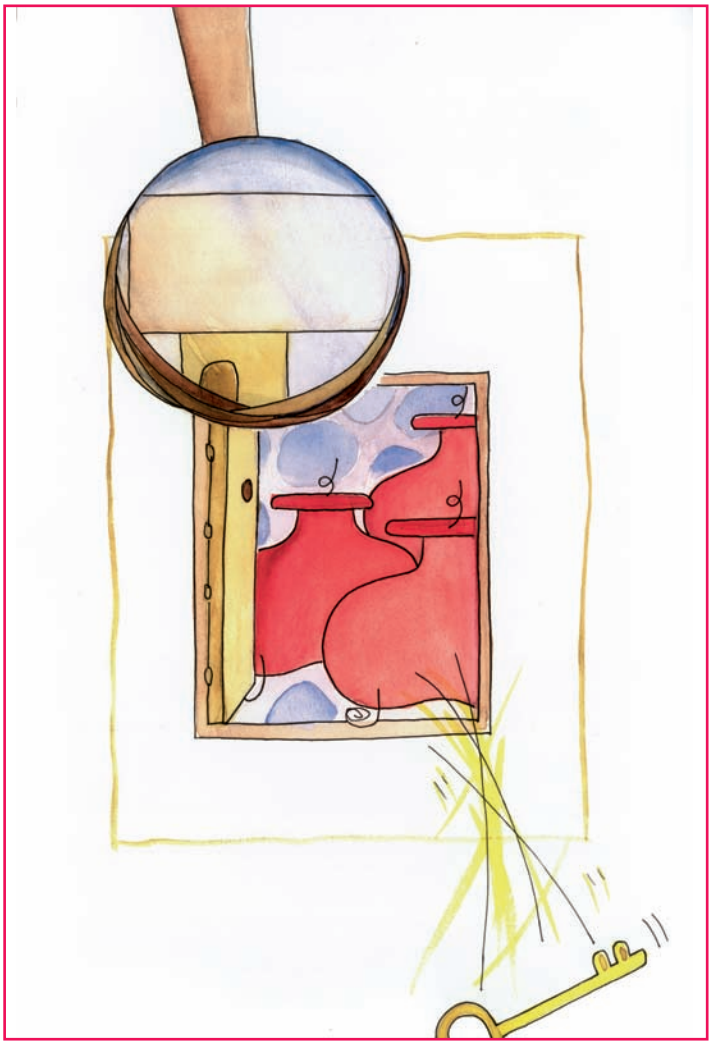
Arturo pasó la tarde entretenido con aquel libro especial. Dentro de sus páginas, entre otros muchos cuentos que él ya conocía, decorados todos con bonitas ilustraciones, estaba el del rey y las botijas. El cuento tenía las mismas tres líneas incomprensibles que ya se sabía de memoria, pero esta vez había algo nuevo, que nunca, en ningún otro libro, había visto antes: en cada historia venían unos bonitos dibujos a todo color. En una página podía verse dibujada una pequeña puerta entreabierta y una habitación con paredes y suelo de piedra, donde se hallaban tres botijas idénticas en todo. ¡Por fin iba a poder demostrar que era un buen detective! Algún detalle habría en aquellas imágenes que le diera alguna pista… ¡Era el momento de usar la lupa!

La sacó del bolsillo de su pantalón esperando descubrir con ella el rastro de las princesas desaparecidas. Exploró cada milímetro de la página, pero ni siquiera con su potente artilugio halló algo interesante y, cuando estaba a punto de cerrar el libro y de devolvérselo a Mery, algo llamó su atención. ¿Qué era eso que brillaba a los pies de una de las botijas? El niño acercó de nuevo la lupa a esa parte de la página, esta vez con mayor interés. Y entonces ocurrió… La imagen de aquel minúsculo objeto fue cobrando más y más nitidez, sus colores se fueron haciendo más y más intensos hasta el punto de que lo que enfocaba no sólo parecía real, sino que se hizo real. Fue tal el susto que se llevó Arturo que el libro se le cayó de las manos, y con él lo que estaba viendo claramente: una pequeña llave de oro.

– ¡Vaya! –exclamó Mery, sin parecer muy sorprendida–, ya era hora de que volviera a ocurrir un milagro así. Eres un niño muy afortunado, Arturo. Tienes una gran imaginación. A muy pocas personas se les hace así de real la imagen de un cuento, y encima ha sido nada más y menos que ¡una llave! Con ella podrás abrir una puerta, una sola puerta que te llevará a la solución que buscas. No puedo decirte nada más.

– Pero…

– ¡Ahora vete!, ¡vete de aquí!, pero, recuerda: cuando vuelvas algún otro día me gustaría que me contaras lo que has descubierto –le pidió la misteriosa Mery, a la que de pronto le habían entrado unas inexplicables prisas.



Quería preguntarle qué tenía que hacer con aquella llave, pero ella no le permitió ni formular su pregunta.

Hubiera querido contárselo todo a su hermano Hugo y a su amiga Cris, pero lo que acababa de sucederle era tan extraño que nadie se lo iba a creer, así que decidió guardar silencio; al menos de momento.

Como estaba muy cansado, esa noche Arturo se acostó nada más cenar, no sin antes guardar la llave en el interior de su almohada.

– Mañana pensaré lo que hago con ella –se dijo, y en dos bostezos se quedó profundamente dormido.

Pero los objetos mágicos tienen sus propias reglas, y la llave de oro que Arturo encontró en el dibujo de las tres botijas hizo que los sueños de esa noche fueran muy diferentes a todos los que había tenido antes.

Reconoció a Alicia por el Conejo Blanco, que sacaba un reloj del bolsillo de su chaleco y decía: "¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡que llegamos tarde!", y a Pinocho por su enorme nariz y su tristeza. También estaba el lobo, la abuela de Caperucita, los tres cerditos, Hansel y Gretel, la bruja, la Ratita Presumida, el hada de Cenicienta y muchos otros personajes que él ya conocía de los cuentos infantiles. Arturo podía verlos a todos, pero nadie parecía verlo a él.

El niño comprendió que se encontraba en el País de los Cuentos, y que tenía la oportunidad de conocer la verdadera historia del rey y sus hijas, las que metió en botijas. Se tocó los bolsillos, y comprobó con alivio que llevaba su lupa y la llave dorada.

– Bueno, al menos vengo preparado –pensó.

El Conejo Blanco se acercó hasta él para decirle:

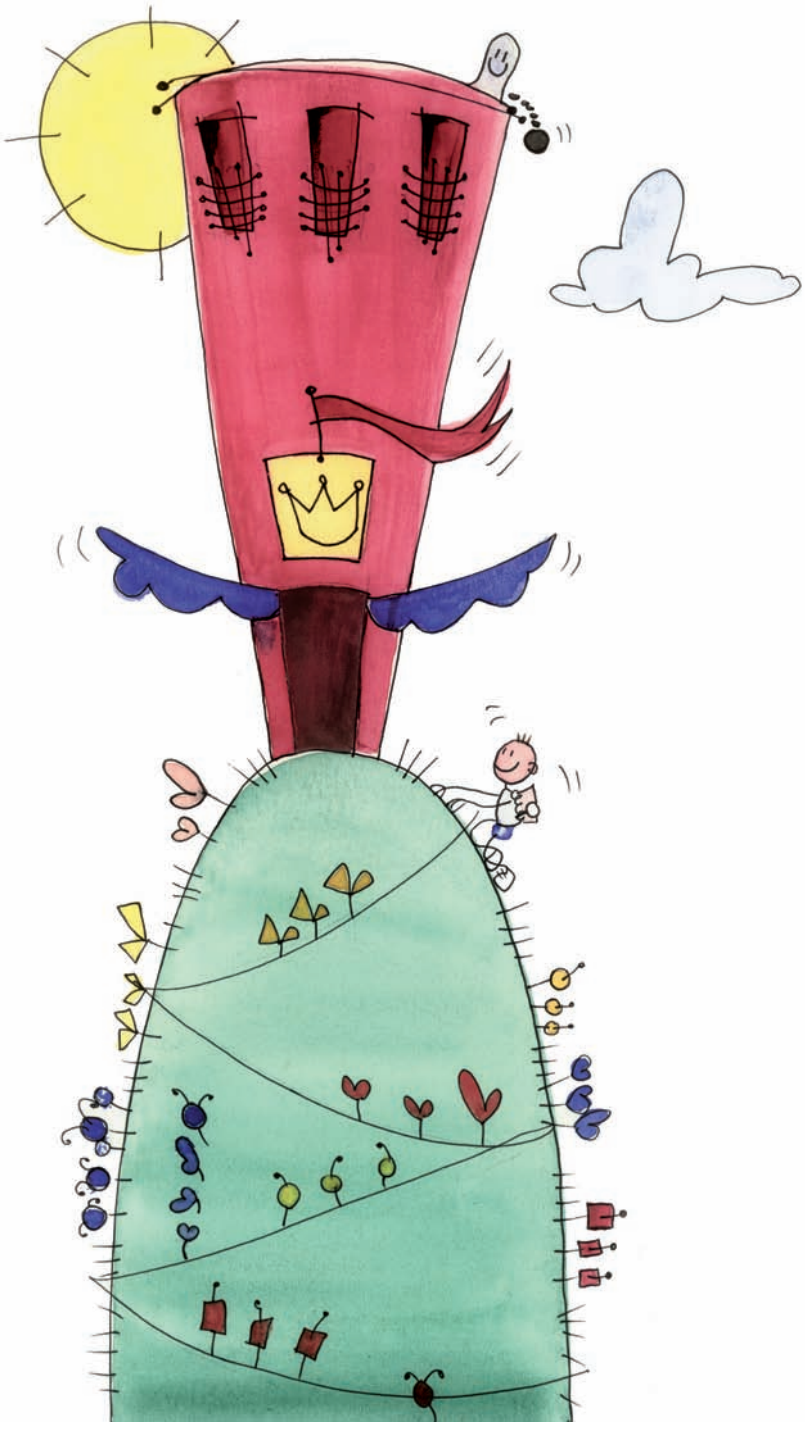
– ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡tienes poco tiempo! ¡Tendrás que darte prisa!

– ¡Eh!, ¡tú puedes verme! –gritó Arturo, pero el Conejo Blanco ya había salido corriendo.

Por más que preguntaba a cada personaje que encontraba en aquel lugar fantástico, nadie le respondía. Era como si todos fueran sordos y él invisible para todos, excepto para el Conejo Blanco de Alicia en el País de las Maravillas, que no sólo podía verlo, sino que además lo avisaba de que tenía poco tiempo. Pero… ¿tiempo para qué? Arturo no sabía adónde dirigirse para aprovechar mejor las horas de que disponía, porque en realidad no sabía la misión que tenía que cumplir. Lo único que podía hacer era seguir andando por aquel camino de bosque que se abría a sus pies, cuajado de bonitas flores, hasta ver lo que iba ocurriendo. Llevaba andando un buen rato cuando vio un castillo en lo alto de una colina. Si algo sabía del cuento que buscaba era que sus personajes eran un rey y tres princesas.

Quizá vivían en ese castillo –se le ocurrió pensar esperanzado.

Subió la colina, que era mucho más empinada de lo que parecía, y le sorprendió no encontrar guardias custodiando la entrada. Las enormes y pesadas puertas estaban abiertas de par en par, como si lo estuvieran esperando, pero tampoco dentro había nadie, aunque encontró una mesa bien dispuesta de ricos alimentos y el fuego encendido. Arturo probó un poco de cada plato. Sació su hambre, calmó su sed, se calentó junto a la chimenea, y luego siguió explorando dentro del castillo sin encontrar ni rastro de persona viva. Eso sí que era raro. ¿Quién, entonces, había encendido la chimenea y preparado la mesa?



El chico fue dejando atrás lujosos salones, inmensos despachos, elegantes dormitorios y gabinetes reales, hasta llegar a una zona del palacio más humilde, seguramente destinada al personal de servicios. Todas las puertas que se había encontrado hasta ese momento estaban abiertas, pero ahora se hallaba delante de una que no lo estaba. Era diferente a las otras, más pequeña y sencilla, con menos adornos en su madera, y algo tenía, no sabía el qué, que la hacía extraordinariamente familiar. De pronto, Arturo recordó dónde y cuándo había visto aquella misma puerta:

– ¡Ya sé! ¡Es la que vi en el dibujo del viejo libro de cuentos!

Le pareció algo extraño que, estando todas las estancias abiertas, no lo estuviera también aquella puertecita.

– Seguramente aquí dentro hay algo importante, pero la puerta está cerrada con llave, y yo no sé si… –y al tiempo que buscaba en el bolsillo de su pantalón se dibujó una sonrisa de triunfo en su cara. ¡Aquí está la llave!

La giró dentro de la cerradura, y la puerta se abrió fácilmente. Arturo no daba crédito a lo que veían sus ojos: delante tenía la misma escena que había en el dibujo del viejo libro que le dejó Mery. Ahora comprendía que no le mintió cuando le dijo que aquel viejo libro de cuentos era muy especial, ¡y tanto! El corazón latía muy fuerte dentro del pecho de Arturo.

Comprobó que las tres botijas eran idénticas, igual que en el dibujo, y estaban herméticamente cerradas. Dentro, sin duda, estarían las princesas.

– Estarán muertas, las pobres, después de tanto tiempo –pensó el niño, sintiendo miedo por primera vez.

Pero, en los cuentos los sucesos ocurren de modo muy diferente a la vida corriente. En realidad pueden transcurrir como imagine quien los inventa, y eso era algo que le fascinaba a Arturo, así que ocurrió que, a pesar de los siglos transcurridos, las princesas no estaban muertas, sino bien vivas y lozanas.

Al principio no sabía qué sonidos eran los que llegaban a sus oídos, pero enseguida se dio cuenta de que se trataba de voces de mujer. Eran débiles, y sonaban tan lejanas que no entendía bien lo que decían. Tardó unos minutos en darse cuenta de que procedían del interior de las botijas. Decían:

– ¡Ayúdanooooooos!, ¡sácanooooos de las botijas, por favooooooor!

– ¡Sois las princesas! –exclamó Arturo emocionado.

– ¡Síiiiii, lo somooooooos!, ¡sácanooooos de las botijas, por favooooooor!

Le costó bastante conseguir abrirlas, porque estaban cerradas a conciencia –a mala conciencia, para ser más exactos–, y de cada una de ellas saltó una princesa, con los cabellos más largos que Arturo había visto en toda su vida.

Una era morena, otra rubia y otra pelirroja, y poco más pudo darle tiempo a ver al joven muchacho, porque las tres salieron de su encierro corriendo como locas por las enormes galerías del castillo, sin ni siquiera darle las gracias por haberlas rescatado.

Arturo quedó boquiabierto, sin comprender nada de lo que estaba sucediendo. Después de haber hecho semejante proeza, resultaba que las desagradecidas princesas no le daban ninguna explicación y se marchaban a toda prisa; así, sin más.

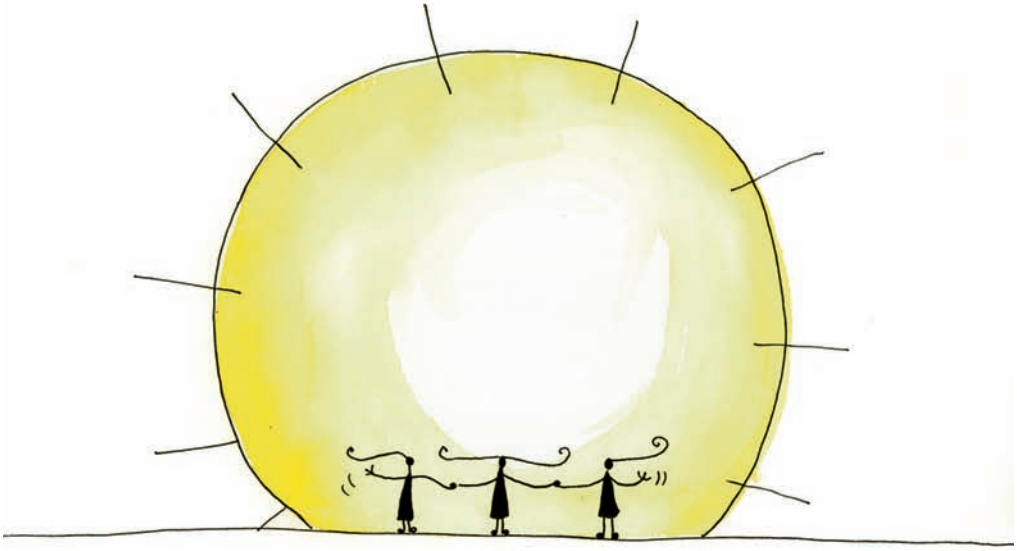
El Conejo Blanco, que parecía estar en todas partes, le dio un susto de muerte cuando saltó desde lo alto de un armario hasta su cabeza, y de ésta al suelo. De nuevo miraba su reloj y apremiaba a Arturo:

¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡tienes poco tiempo! ¡Tendrás que darte prisa! ¡Corre!

Arturo pensó que el conejo tenía razón. Sin saber cómo había llegado hasta allí, lo cierto era que había pasado la noche en aquel extraño lugar, y que pronto amanecería. Si no alcanzaba a las princesas antes del amanecer y estas no le contaban lo que sucedió muchos años atrás, quizá nunca lograría saberlo, porque él…quizá él… sólo estaba durmiendo.

– ¡Eh, esperad! –gritó–, y salió corriendo tras las infantas.

Las alcanzó en una pradera cercana, iluminadas por la luna llena. Las princesas estaban agotadas y sedientas de tanto correr, y bebían agua de un manantial.



– Bueno –dijo Arturo–, no os pido que me digáis que me debéis la vida, pero al menos, ya que os he ayudado a salir de las botijas, bien podíais contarme por qué el rey, vuestro padre, os metió en ellas. Es que nunca he entendido ese cuento…

El sol avanzaba lentamente cielo arriba como un globo de tonos rojizos y brillantes que iluminaba toda la pradera. Estaba amaneciendo.

Las tres infantas le sonrieron a Arturo por primera y única vez; lo miraron con dulzura y le lanzaron un beso que voló desde sus delicadas manos. Sólo una de ellas, antes de desaparecer en el acto, dijo algo que el niño no comprendió bien: "Tendrás que contarlo tú…"

¿Es que nunca se iba a saber la verdadera historia del rey y las botijas?

Arturo se despertó en su habitación sudoroso y agitado. Sin duda había tenido una pesadilla, y ahora lo despertaba la luz del sol que entraba, dorada y cálida, por la ventana. Estaba un poco confundido, pero a tientas buscó dentro de la almohada. Tal como temía: ¡ni rastro de la llave! Pero, entonces, ¿lo que había sucedido era cierto o no?

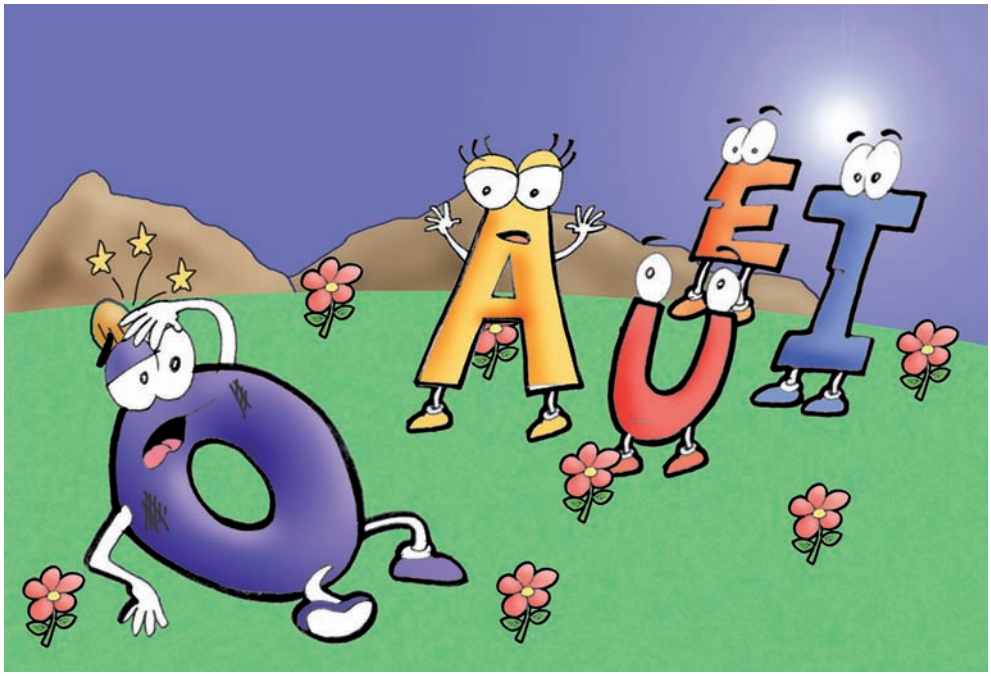
Se vistió a toda prisa y lo primero que hizo fue ir a ver a Mery, la bibliotecaria, a quien se lo contó todo. Seguro que ella, acostumbrada como estaba a leer historias fantásticas, no se iba a burlar de él tomándolo por un chalado.

– Yo creo que es muy importante que escribas lo que te ha ocurrido. Eso ya es una bonita historia sobre un chico valiente y unas princesas encerradas en botijas. ¿No te parece?

Mery tenía razón. Al fin y al cabo, el cuento que él se podía inventar sobre el rey y las botijas podía ser tan bueno como el que nunca se había contado. De momento, lo importante era no olvidarse de ningún detalle de lo que le había pasado. Pero, para hacerlo, esta vez no cogió la lupa de detective, sino el cuaderno que le regalaron por su cumpleaños, que llevaba dentro de su mochila. Arturo tomó asiento, sacó un lápiz y, poniendo mucha fantasía y una mirada especial, comenzó a escribir:

"Había una vez un rey que tenía tres hijas. Un día…"

LA LETRA NÚMERO



Ilustraciones: José Ángel Jiménez García

José Ángel nació en Murcia en 1977. Cursó estudios de Filología Inglesa y Magisterio. Actualmente es maestro de primaria. Siempre ha sacado tiempo para dibujar: de muy pequeño, haciendo monigotes en las paredes o en las páginas de los libros que encontraba por casa, y de estudiante en sus apuntes o para concursos como el "Crea Joven". Ha realizado trabajos de ilustración para cuentos y publicaciones de carácter pedagógico y didáctico, aunque lo que más le apasionan son los tebeos y las viñetas, muchas de ellas protagonizadas por sus personajes murcianicos La Fuensanta y el Antón.

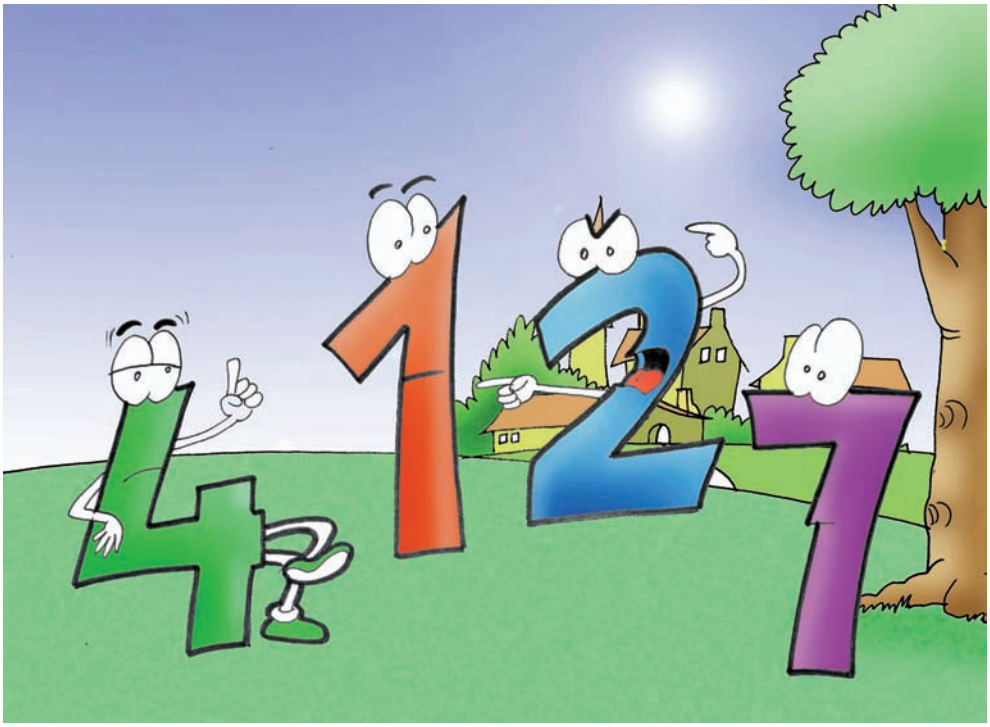
Contacto: dibujosjoseangel@gmail.com

www.lafuensantayelanton.com

Hace muchos años, cuando en el País de las Letras todavía no se habían inventado todas las palabras y en el País de los Números aún no se conocían todas las operaciones matemáticas, ocurrió algo que muy pocos recuerdan haber escuchado alguna vez.

Desde el principio, en el País de los Números habitaba un signo redondo como una bolita que nadie sabía cómo utilizar y que, poco a poco, por falta de uso, fue relegado al olvido. Pasó tanto tiempo sin utilizarse que para nada se contaba con él, y hasta se olvidaron de que su nombre era Cero. No lo tenían en cuenta; decían que no servía para nada, que sólo era un estorbo.

El pobre Cero, como estaba muy aburrido, a veces se entretenía jugando a ser pelota, o a rodar por las calles montado en su rueda, pero ni siquiera eso les hacía gracia a los otros nueve elementos, que se apartaban asustados, por si los atropellaba, cuando lo veían pasar tan deprisa. Los demás números se reunieron para ver si se les ocurría qué hacer con él.



– ¡Esa cosa es un peligro!, afirmó el 9, que un día paseaba tan estirado por en medio de la calle y tuvo que subirse a la acera para evitarlo.

Y el 1, que estaba muy orgulloso de ser el primero y que siempre llevaba la voz cantante, sentenció:

– Más que un peligro es una desgracia.

– Si al menos pudiera contar algo, pero no sirve ni para contar una hormiga –dijo el 7.

El 4, que escuchaba pacientemente sentado en su silla, y que le daba vueltas a todo antes de hablar, reflexionó:

– Tal vez Cero pueda hacer algo interesante, y lo que ocurre es que no sabemos cómo utilizarlo. No sé, quizá si probamos con él poniéndolo a nuestra derecha… A lo que replicó el 2:

– ¡Ni a la derecha ni a la izquierda! Ese rulo garrulo sólo puede servir para darnos un pelotazo en la cabeza o para pisarnos con su infernal rueda. ¡Más valdría que no viviera en éste país y nos dejara tranquilos!

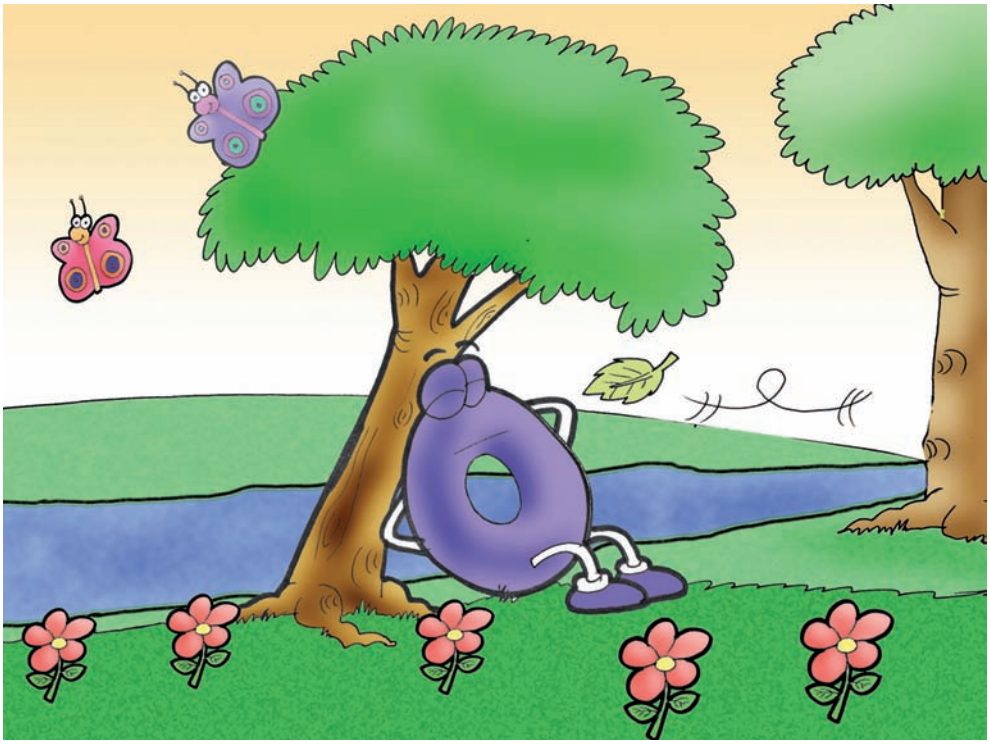
Como Cero era un número muy silencioso y pasaba tan desapercibido, no se dieron cuenta de que lo había escuchado todo. A veces pasaba el tiempo dibujando agujeros en el suelo, y casualmente en ese momento estaba dentro de uno chiquito bajo la silla del 4.

Estaba claro que sus vecinos no lo querían ni siquiera como amigo.

Desde ese día, Cero se convirtió en un signo muy triste; era sumamente infeliz en aquel País en el que no lo aceptaban. Se sintió fuera de lugar, un extranjero en su tierra, y dejó de montar en su rueda y de jugar a ser pelota para no molestar a nadie.

A veces, cuando hacía mucho calor, se bañaba en un riachuelo que bajaba desde el País de las Letras y dibujaba círculos en el agua, mientras soñaba cómo sería eso de ser letra en lugar de número. Tal vez allí se vivía mejor... Luego se recostaba bajo un árbol y así se quedaba hasta que anochecía.

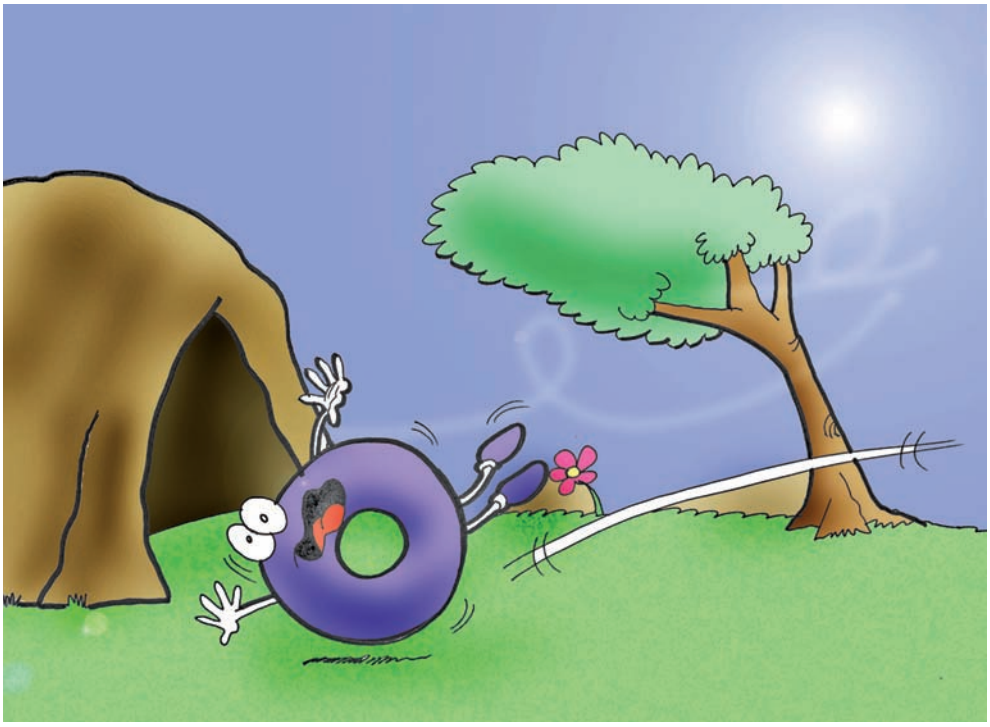
Un día, estando de esta manera, comenzó a soplar un viento suave. Cero se sentía tan a gusto con aquel airecillo fresco que se quedó durmiendo. Dentro de sus sueños le parecía que aquel extraño viento susurraba sonidos nuevos, un lenguaje lejano que él nunca antes había escuchado, pero que le resultaba muy agradable.



Al cabo de unos minutos se despertó sobresaltado: el viento se había ido haciendo más y más fuerte hasta soplar con violencia. Soplaba tanto que los árboles gemían como si lloraran al ver quebrarse sus ramas y sus hojas. A su paso se llevaba arrastrando con furia todo lo que encontraba.

Quiso protegerse, porque de pronto tuvo miedo de ser empujado él también, y como viera una cueva allí cerca decidió cobijarse en aquel lugar seguro hasta que pasara la tormenta. Pero, nada más ponerse en pie, el viento lo tambaleó y lo empujó con tal violencia que el pobre número que no servía para nada salió disparado, como si la rueda que

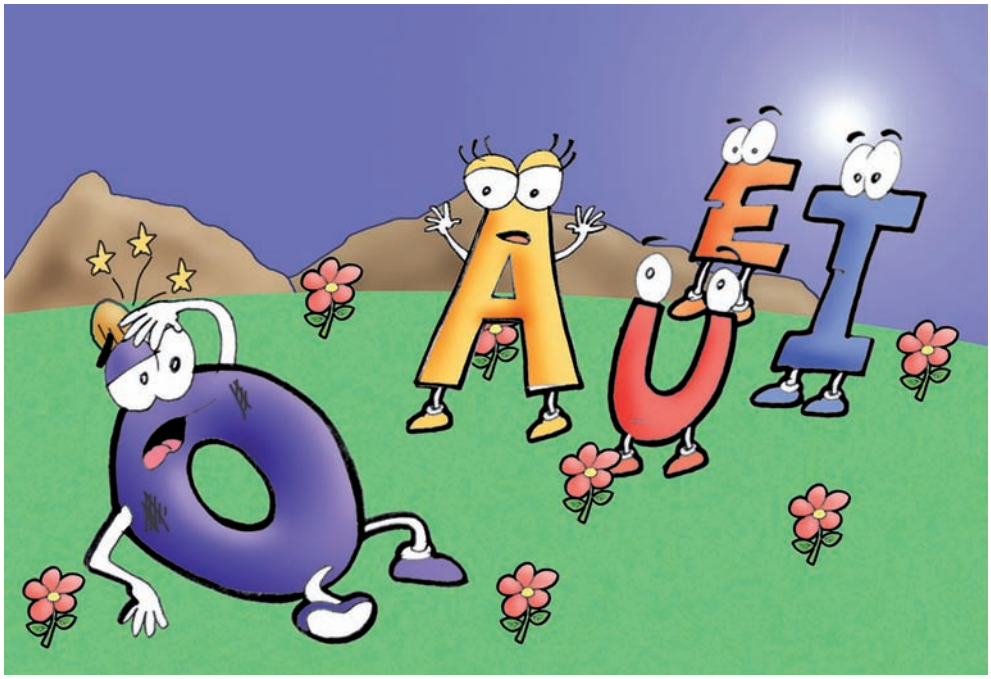
formaba con su cuerpo fuera la de una bicicleta de carreras. Lo peor era que no podía frenar ni bajarse de ella, por más que lo deseara. Aquella carrera loca no tenía fin. Cero iba a toda velocidad, viendo pasar en un suspiro praderas, montañas y valles, ciudades y ríos. Vio cómo la frontera del País de los Números, su país, se quedaba muy atrás, mientras él seguía rodando y rodando, impulsado por aquel viento terrible.



Dicen que todo lo que empieza termina alguna vez, y eso fue lo que sucedió con la tormenta de aire. De pronto, igual que había comenzado, amainó, como si ya se hubiera cansado de soplar, o como si ya hubiera cumplido su misión.

Cero cayó al suelo exhausto, le dolía todo el cuerpo y estaba lleno de heridas y magulladuras. Miró a su alrededor y contempló atónito que a su lado había una reunión de signos desconocidos que debatían sobre algún importante problema que tenían. Enseguida comprendió que se hallaba en otro país y, del susto, se desmayó.

En sueños volvió a escuchar los mismos sonidos que había oído por la mañana, cuando el viento era suave a la orilla del río. Eran voces que hablaban dulcemente, pero que por desgracia él no comprendía.



Se despertó en una habitación limpia y luminosa, rodeado de algunos de aquellos signos nuevos, que le sonreían muy ama-

blemente. Lo habían cuidado y le habían curado las heridas. Le preguntaron cómo se llamaba y de dónde venía, pero como no los entendía no pudo responderles, así que la letra A, que era una de las más antiguas y respetadas en aquel país, se reunió con su Consejo de Vocales, que entonces sólo eran cuatro.

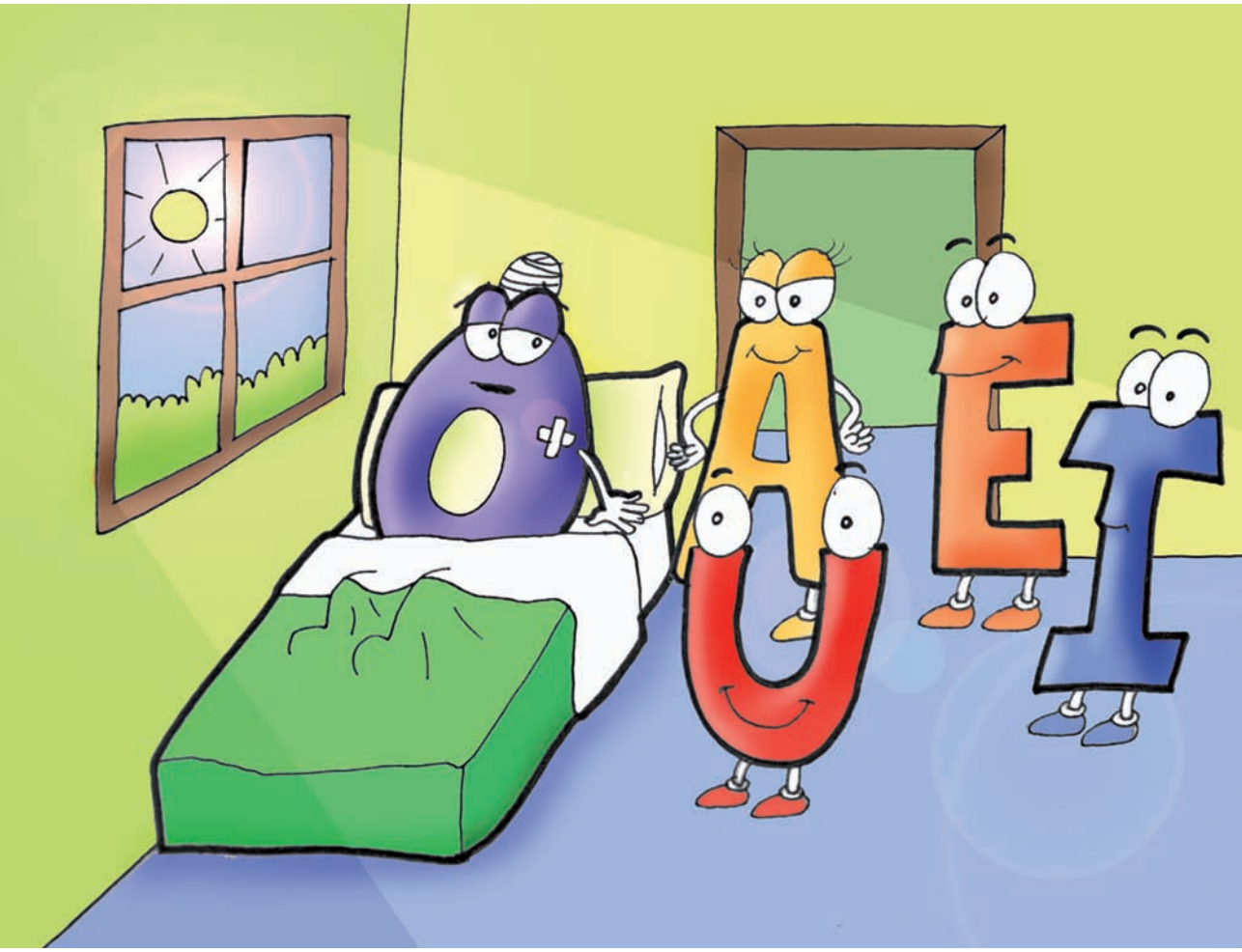
– ¿Y si éste nuevo signo fuera nuestra salvación? –se preguntaron ilusionadas.

Las letras tenían un gran problema, pues todavía eran insuficientes para nombrarlo todo. Decidieron que al extranjero que llegó rodando había que enseñarle el idioma, y luego darle un nombre y una utilidad.

– Serás la "O" – le anunció la A, cuando ya pudo entenderla. Desde hoy formarás, junto a nosotras, palabras nuevas, porque con las cuatro vocales que somos no podemos nombrarlo todo.

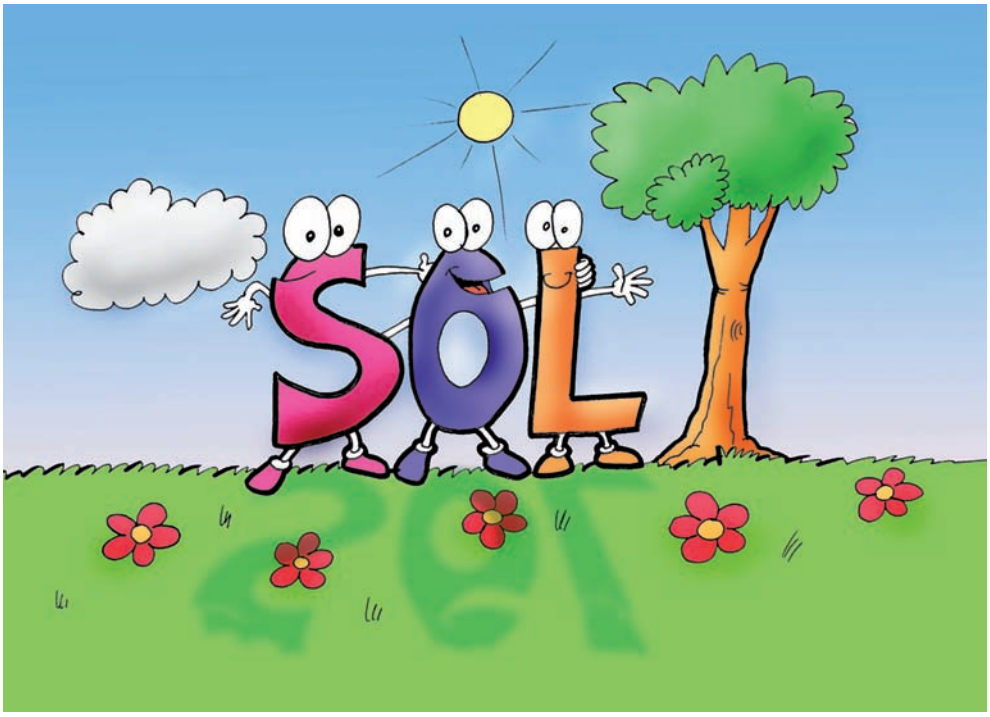
Y así fue como el Cero del País de los Números pasó a ser la O en el País de las Letras.

Enseguida se inventaron palabras nuevas para seguir nombrando el mundo, que casi estaba recién estrenado, y la O estaba en muchas de ellas. Se sentía feliz y querida por todos los signos del País de las Letras. Servía para saludar, pues con ella se inventó la palabra "HOLA", y para nombrar al SOL, y para mostrar sorpresa, diciendo "¡OH!". También estaba en otras palabras muy valiosas, como ORO, y en otras no menos importantes, como OJO, ROJO, TODO, OMBLIGO, OLFATO, OSO, OLA, OCEANO, OTRO, y en muchísimas más.


O
A
E
I
U

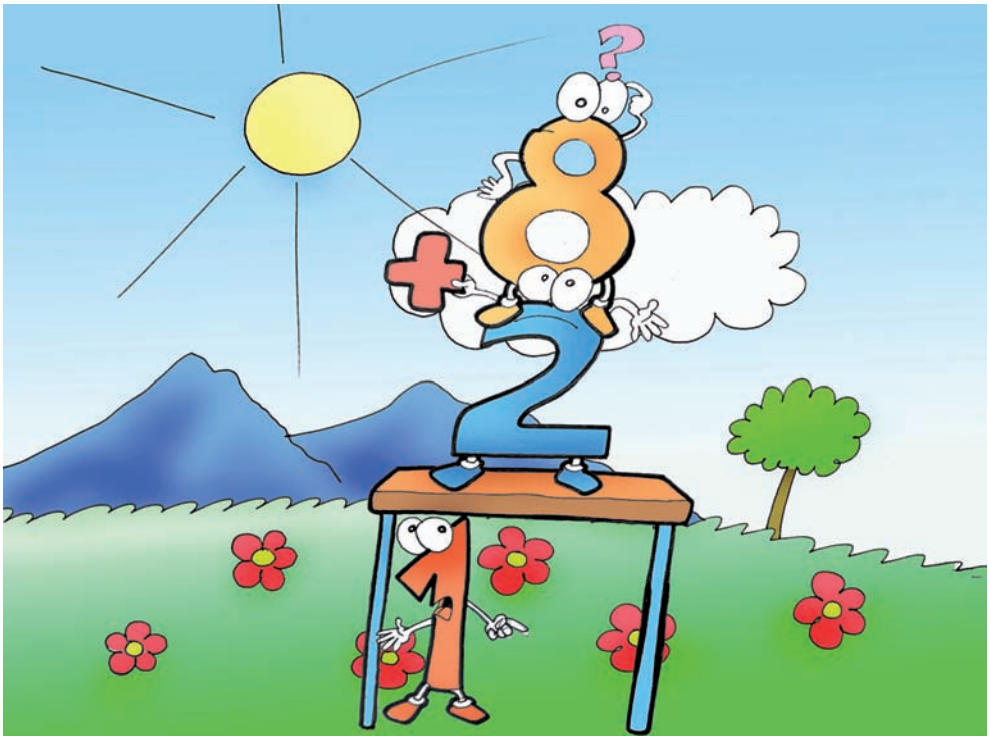
La O era muy importante en aquel País, porque desde el principio formó parte del Consejo de Vocales, que por fin fueron las cinco que todos conocemos: A, E, I, O, U.

El País de las Letras, con sus cinco vocales, progresó muy rápidamente, y enseguida se inventaron idiomas nuevos, que se extendieron por todos los lugares del mundo y con los que la gente podía comunicarse.



Sin embargo, en el País de los Números las cosas no andaban muy bien. Los números del 1 al 9 no podían hacer mucho juntos. Se ponían a contar y, por más vueltas que se dieran, acababan enseguida, porque ni siquiera podían llegar al 10,

¡como no estaba el cero…! No se podía sumar ni restar llevando, y los números decimales todavía no habían llegado ni a imaginarse.



Si antes habían despreciado a Cero, ahora comprendían que sin él no eran nada. Aquel número redondo y lirondo que consideraron inservible y al que no le dieron importancia, resultaba que era imprescindible, un auténtico tesoro que podía multiplicarlos a todos hasta el infinito, pero… ¿dónde estaba?, ¿dónde podrían encontrarlo?

– Os lo dije, pero no me hacíais ni pizca de caso –se quejó el 4 desde su silla. Debimos haber probado a ponerlo a nuestra derecha…

Si lo encontraban lo iban a tratar como a un rey, pero la pura realidad era que hacía tiempo que nadie lo veía en el País de los Números, y llegaron a temerse lo peor:

– Tal vez haya muerto de tristeza –dijo el 9, arrepentido de haber tirado la primera piedra contra él en una ocasión.

– Si ha ocurrido eso, sólo nosotros somos los culpables –lamentó el 1. No supimos ver lo importante que podía ser Cero. Hemos sido unos estúpidos.

– Si ha muerto, habremos sido sus asesinos –dijo el 8.

– ¿Por qué no formamos equipos de búsqueda? Si lo encontramos le pediremos perdón y luego todo se resolverá –sugirió el 3.

– ¡Eso, formemos tres equipos y salgamos a buscarlo! –propuso el 5.

Ningún equipo dio con él, a pesar de que recorrieron palmo a palmo hasta el último rincón del País de los Números. Era evidente que Cero había desaparecido.

Reconociendo que sin él no podrían componer jamás más que unas cuantas operaciones sencillas, y que sólo servían para contar muy poquitas cosas, los números del 1 al 9 estaban desesperados.

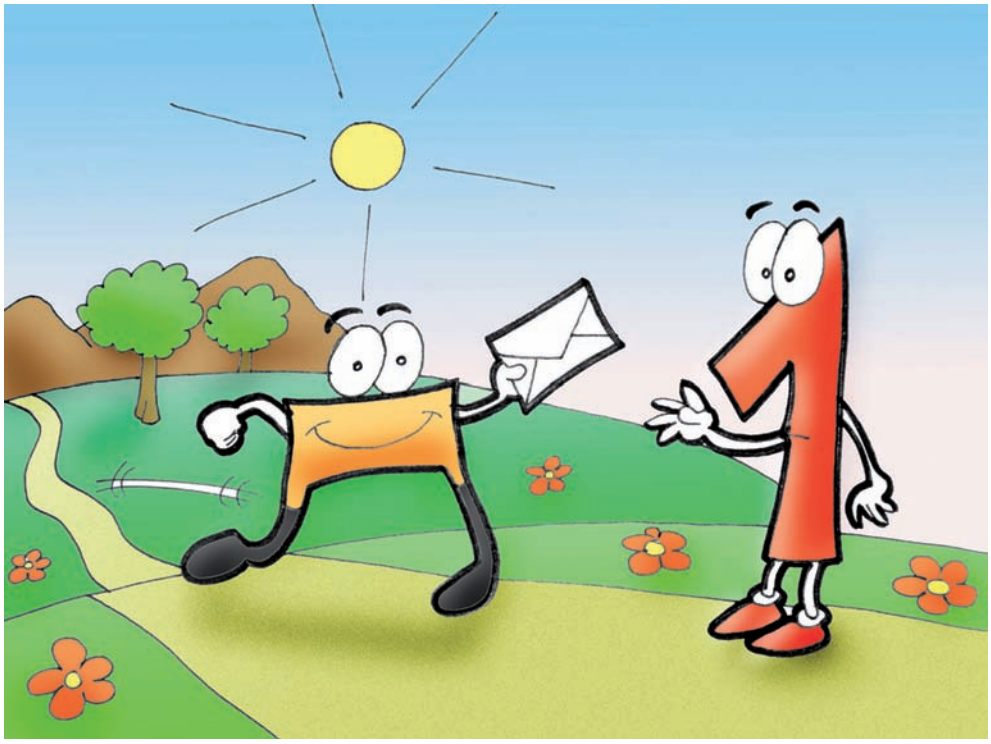
Sucedió que, cierto día, llegó hasta el País de los Números un mensajero. Venía del lejano País de la Música, que también se estaba formando, y del que contaban maravillas. El mensaje iba firmado por Doña Clave de Sol, e iba dirigido al número 1, por ser el primero de los números. Decía lo siguiente:

"Estimado 1:

Me complace invitar a los habitantes del País de los Números a celebrar junto a todas las Notas Musicales el maravilloso invento de las Óperas. La fiesta tendrá lugar el próximo miércoles, a las 20 horas, en el Palacio de las Sinfonías, en el País de la Música, y a ella también están invitadas todas las Letras".

Firmado:

Su Ilustrísima, Doña Clave de Sol



Los números, que no cesaban de lamentar su torpeza, al principio no se alegraron de la invitación, pero como tenían muy poco trabajo finalmente acordaron asistir a la fiesta para distraerse un poco.

Como se decidieron a última hora llegaron cuando ya todos los demás invitados habían tomado asiento. Sin embargo, fueron muy bien recibidos por unas simpáticas Notas Musicales, que llevaban las piernas enfundadas en medias negras. Luego, sin darles tiempo a saludar a las Letras, pasaron a tomar asiento para escuchar a Doña Clave de Sol, que ya había subido al escenario para presentar el acto:

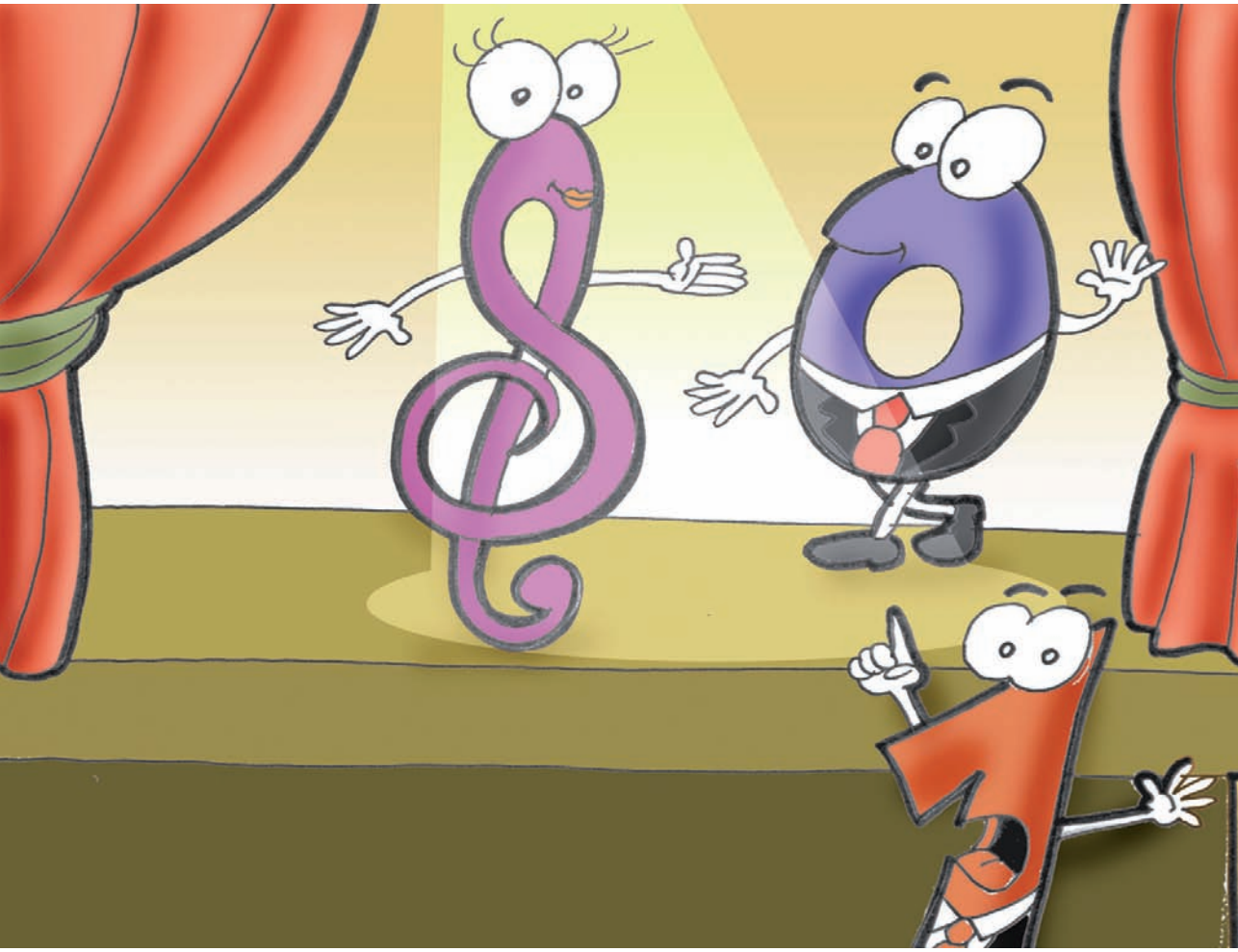
– "Quiero dar las gracias a todos los números y a todas las letras por haber asistido a la fiesta que hemos organizado para celebrar el nuevo descubrimiento del País de la Música. ¡Señores números!, ¡señoras letras!, preparaos, porque vais a escuchar… ¡una Ópera!, ¡la primera Ópera del mundo!

¡Esa música!, ¡esas voces cantando…! La Ópera fue tan del agrado de todos los invitados que, cuando finalizó, se pusieron en pie y no cesaban de aplaudir.

Doña Clave de Sol volvió a subir al escenario más emocionada que antes. "Las notas musicales –dijo- queremos dar las gracias a alguien que está hoy aquí, entre los invitados. Ella ha dado el nombre a algunas de nosotras –las notas Sol y Do asintieron con la cabeza.

Por favor –continuó diciendo la anfitriona–, ¡que suba la letra O aquí arriba! Ella es la nueva vocal del País de las Letras, y ha permitido con su inestimable presencia poder también ponerle nombre a la Ópera. ¡Un aplauso para la letra O!

La O subió al escenario, y todos la aplaudieron fervientemente. ¡Viva la O!, ¡viva la O!, ¡viva! –vitoreaban los asistentes.



Al principio, los números no la reconocieron, porque estaba un poco más gorda e iba muy bien vestida, y sobre todo porque su expresión era de felicidad. Sin embargo, pronto vieron en aquel signo circular algo que les resultaba familiar.

– Esa cara, ese cuerpo… –pensaba el 4 desde su silla tocándose la barba- ¡Dios mío!, ¡si es Cero!, ¡nuestro cero! –exclamó.

– ¡Esa letra es una impostora! –dijo el 1, acusándola con su afilado dedo índice. ¡Ella no es una letra, sino un número, y nos pertenece!

En el Palacio de las Sinfonías se levantó un gran bullicio.

– No me queríais con vosotros – se atrevió a balbucear la letra O, que estaba asustada–, pero ahora, en el País de las Letras tengo un papel importante. Si antes no era nada, ahora soy necesaria y útil. Aquí soy feliz. Dejadme en paz. Vosotros, los números, no me necesitáis para nada.

– ¡No!, ¡sí que te necesitamos! –dijo el 1 en nombre de todos los números–, y tenemos que pedirte perdón por haberte ignorado de ese modo. Estábamos equivocados. No supimos ver el gran valor que tenías, tanto que sin ti apenas podemos hacer nada. Te suplicamos que regreses al País de los Números, que vuelvas con nosotros. Hay muchas operaciones que jamás podrán inventarse si no lo haces. Las matemáticas no serán nada sin ti.

– Es cierto, créelo –decían los demás números. Te lo suplicamos: vuelve con nosotros.

– ¡Más despacio! – se quejó la A-. Me temo que eso ya no será posible. La O forma parte del Consejo de las Vocales.

– Se me ocurre una solución –dijo Doña Clave de Sol. Tal vez se pueda hacer una excepción, y permitir que esta letra también sea un número. Será la Embajadora del País de los Números y del País de las Letras, y eso será algo muy bueno para todos los países.

– ¿Y dónde viviría yo? –preguntó la pobre O, que de pronto otra vez se veía convertida en el pobre número 0.

– En los dos países, y en los dos serás tratada con muchísimo respeto y cariño –dijo Doña Clave. Seguro que, con buena voluntad, será posible.

– Las Letras han sido mis benefactoras; que sean ellas quienes digan si les parece bien.

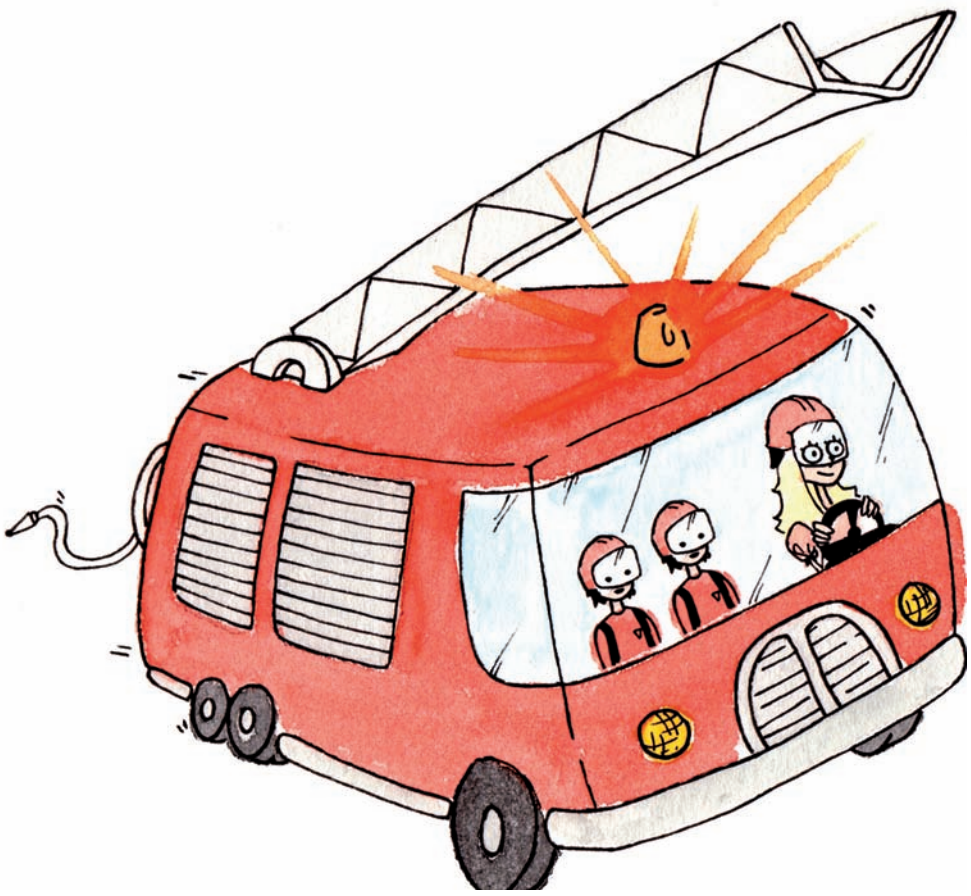
– ¡Pues claro! –dijo la letra A, que empezaba a verle las ventajas a la propuesta–, ¡al fin y al cabo eres un signo muy bien preparado para viajar, con esa forma de rueda tan apropiada!

– ¡Pues, que no se hable más!, ¡que la fiesta continúe! ¡A bailar todo el mundo! ¡Música, maestro! –dijo Doña Clave.

Aquella fue la primera vez que bailaron juntos la A y el 1. A ritmo de vals y salsa hicieron una excelente amistad, que se ha mantenido hasta nuestros días, de manera que siempre que se necesitan se ayudan mutuamente.

Y, desde aquel incidente, la O está muy orgullosa de ser también el número 0. Va y viene del País de las Letras al País de los Números tan de prisa como haga falta, ayudando a nombrar las cosas del mundo y permitiendo contar hasta el infinito y más allá.

SANDY, LA MUÑECA BOMBERA

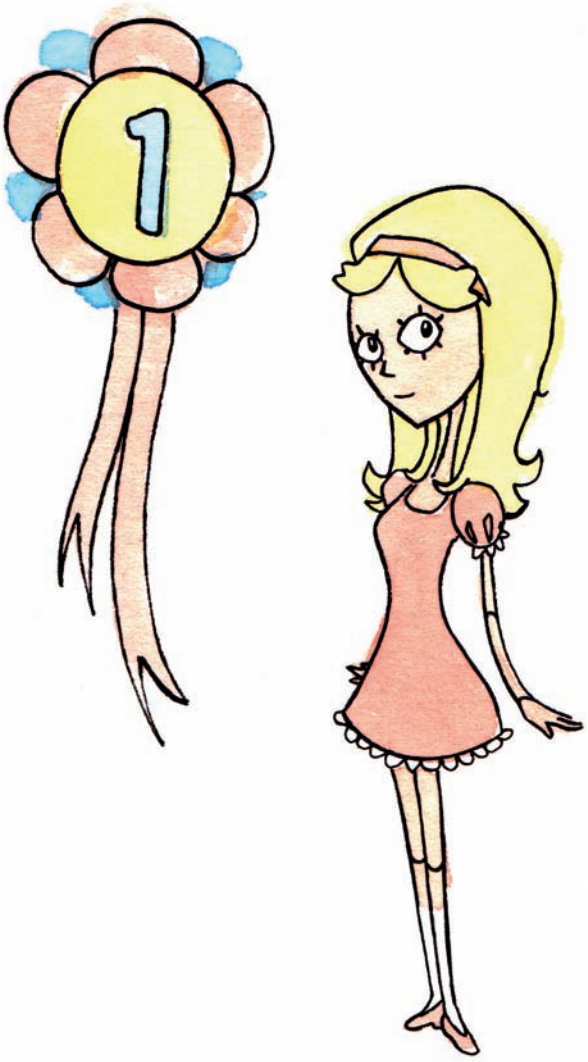


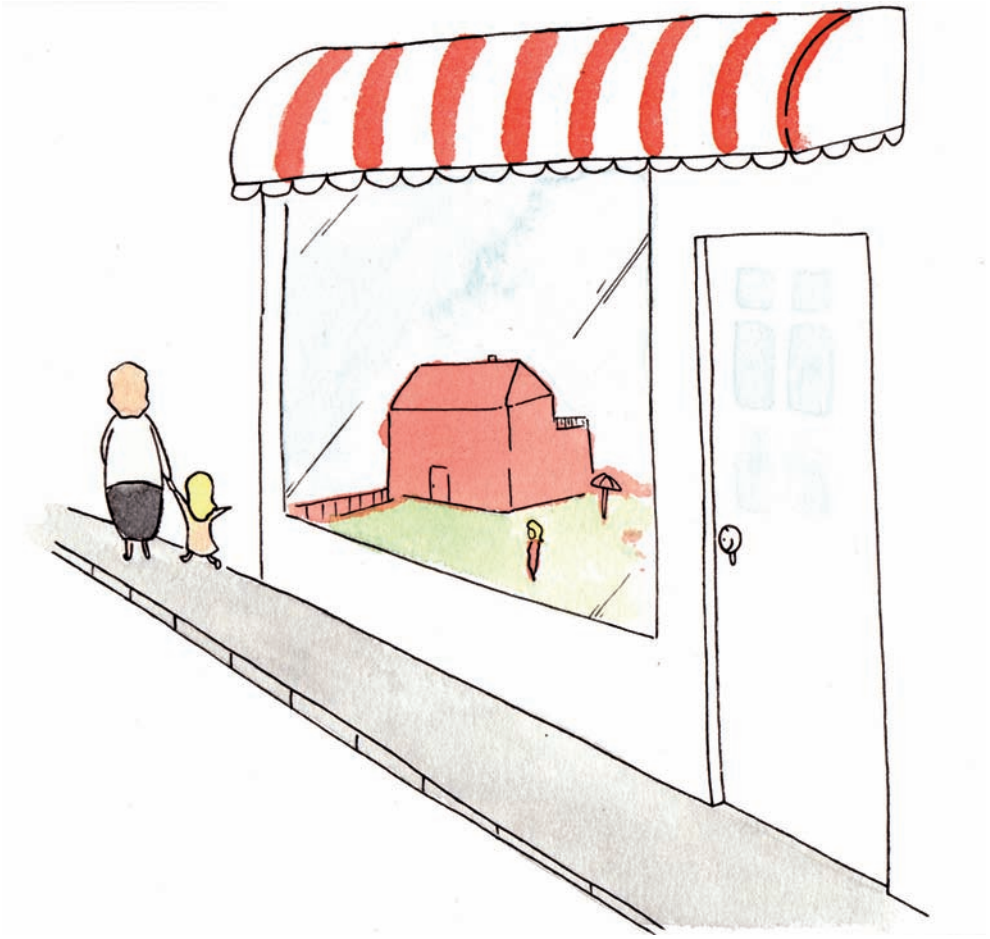
Ilustraciones: David Belando Fernández

David nació en Murcia en 1986. Actualmente está finalizando los Estudios Superiores de Diseño Gráfico en la EASD de Murcia. Confiesa sentirse involucrado con el mundo de la ilustración desde que tuvo eso que llaman uso de razón, y desde entonces sigue dibujando a todas horas, leyendo cómics, realizando cursos de ilustración, participando en concursos, y colaborando en algún trabajo de ilustración como freelance.

Contacto: davidbelando4@gmail.com

Sandy, considerada la muñeca más elegante del año por la Asociación de Jugueteros del país de Nilosé, no estaba nada contenta. Simón Serrano, el de *Juguetes Serrano*, la había colocado en una casita de muñecas, grande y con vistas a una de las calles más importantes de la ciudad, donde podían verla cientos de personas al día.

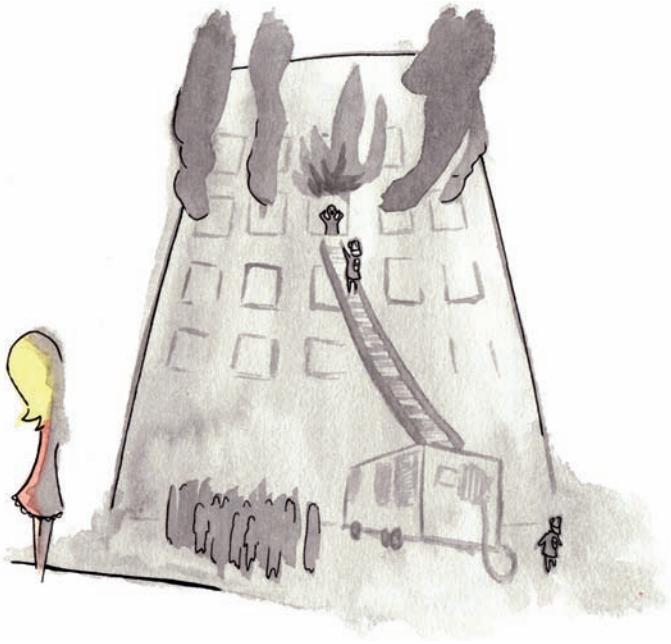




Con ella también vivían Emy, Lupe y Lisa, otras muñecas parecidas, todas guapísimas, altas y delgadas, con bonitos peinados y vestidos. Sus amigas sí que estaban muy orgullosas de habitar en la mansión. ¡Vaya un lujazo de casa!, decían, y se pasaban todo el día, de la mañana a la noche, dale que te pego, paseándose con garbo por los enormes salones y luciendo con mucho estilo sus modelitos de última moda, mientras que Sandy se aburría como una ostra.

Es más, a ella le daba mucha vergüenza pasarse todo el día en el escaparate sin hacer otra cosa que posar para la gente que se acercaba a mirar, toda maquillada y sentada en cómodos sillones con sus vestidos de princesa. La miraban con admiración y simpatía, porque era una preciosa muñeca, pero a Sandy no le parecía suficiente ser una preciosa muñeca. Ella quería ser algo más, y hacer con su vida algo que verdaderamente mereciera la pena. Tras el cristal del escaparate de la tienda de juguetes donde vivía había visto cosas.

En el mundo de afuera no todos eran tan felices. Existían personas tristes, y ocurrían desgracias, pero también había visto a hombres y mujeres valientes y generosos que ayudaban a los demás, como aquella tarde del incendio enfrente de la juguetería.



Los bomberos salvaron la vida a una familia entera sacándola por las ventanas. Sandy escuchó decir que si no hubiera sido por ellos, todos habrían muerto asfixiados. Y, desde que viera aquello, una idea le rondaba la cabeza…

– ¡Yo lo que quiero es ser bombera! – le confesó un día a sus compañeras de casa, mientras se bronceaban tomando el sol en la terraza con sus bonitos bikinis Cristian Vior.

– ¡Jajajaja!, ¡jajajaja!, ¡jajajajaja! – rieron las tres amigas a carcajada limpia, cuidando de no despeinarse.

– ¿Lo dirás en broma? –preguntó Emy muy sorprendida, bajándose las gafas de sol con filo de diamantes para verla mejor.

– No, no es broma. Hablo muy en serio. Es el sueño de mi vida: me gustaría ser bombera.

– ¡¿Cómo que te gustaría ser bombera?! ¡Eso es del todo imposible! ¡Sandy, la muñeca más elegante del año, no puede querer ser bombera! –replicó Lupe, la más antigua que vivía en la casita, que hacía de madre de las demás. A ti te crearon para ser una bonita muñeca y no tener ninguna preocupación, siempre debes estar bien arreglada y a la última moda, y eso es todo. Las muñecas como nosotras estamos hechas para vivir felices en mansiones como ésta en las que no falta de nada, y no hacer otra cosa que estar muy atractivas. Todas las mujeres querrían ser como nosotras ¡hasta las niñas quieren ser como nosotras!

– ¡Por Dios, por Dios! ¡¿Bombera?!, ¿te has vuelto loca? –exclamó horrorizada Lisa-. ¿Es que no has visto los horribles trajes que llevan los bomberos? ¡Por Dios, por Dios! ¡No te sentarían nada bien! Además, para ser *eso* que dices, te falta lo principal: hay que ser hombre. Nunca he conocido a una chica que sea bombera. De toda la vida, los valientes y los héroes han sido hombres, como Spiderman. ¡Por Dios, por Dios, qué guapo que es! ¡Aaayyy!– suspiró Lisa mientras se limaba las uñas.

Ya se lo imaginaba. Sandy sabía que sus compañeras no la entenderían, porque ellas sólo se preocupaban de estar monas, pero en su corazón de muñeca había crecido un deseo muy fuerte: quería ser bombera para poder ayudar a la gente en peligro y salvar vidas, y le importaba bien poco estar tan compuesta a todas horas.

En realidad, se moría de ganas de dejar de ponerse esos trajes de puntillas y florecitas que alguien había cosido para ella sin preguntarse ni siquiera si le gustaría llevarlos.

Un día de sol con perfume a jazmín, Pimpony, el viejo caballito de trote lento que llevaba más años que Matusalén sin que nadie lo comprara, decidió dar un largo paseo por todo el escaparate de la juguetería, y, un poco al paso y otro poco al trote llegó hasta la casita de muñecas.

Sentada en el balcón vio a Sandy tomándose una tacita de café. Parecía triste.

– ¿Te ocurre algo? No tienes muy buen aspecto esta mañana. No te has maquillado, y llevas el vestido arrugado. ¡Huy, huy, huy! Eso sí que es raro…

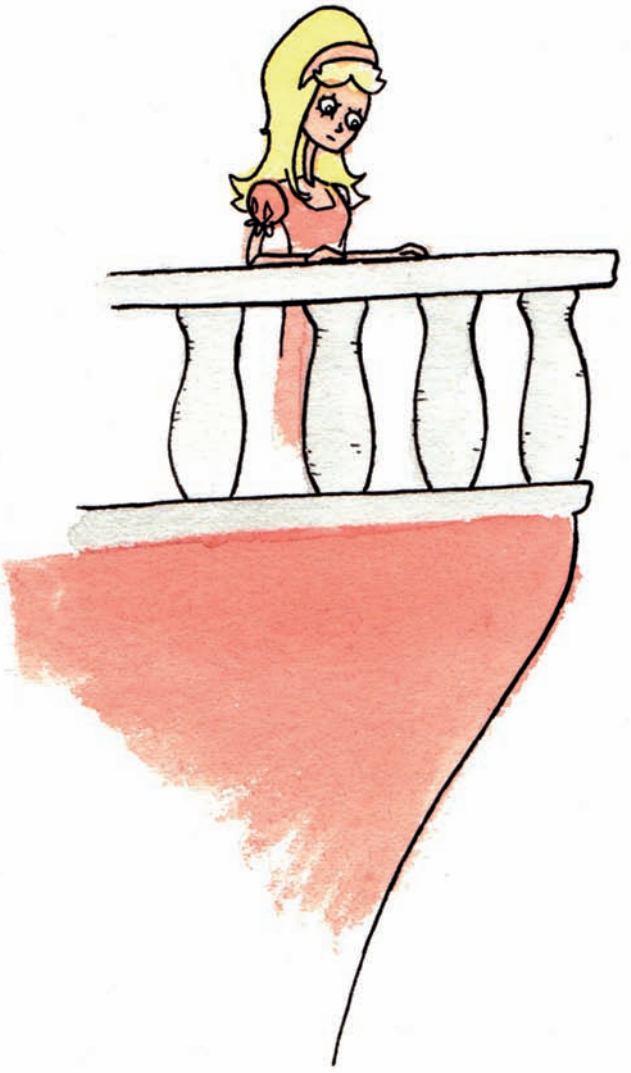
Sandy le explicó a su amigo lo que le pasaba.

– ¡Carajo!, dijo el caballo, ¡nunca antes había escuchado decir a una linda muñeca que quisiera ser bombera! ¿Te lo has pensado bien? Aquí vives como una reina. Pero me da mucha pena verte tan triste, princesa. Déjame pensar un poco…

El viejo caballo Pimpony se estrujó un poco los sesos pensando cómo podía ayudar a su amiga. No iba a ser muy fácil, porque la puerta de la casita de muñecas estaba cerrada a cal y canto con siete vueltas de llave, y ésta la guardaba Simón Serrano en un lugar que nadie sabía. Sandy, en efecto, estaba prisionera en la mansión de juguete. Para salir de allí y escapar de la casita habría que idear algo.

– ¿Y si salto por la ventana? ¡Podrías ponerte justo abajo y así yo caería encima de ti sin lastimarme! –se le ocurrió decir a Sandy.

– ¡Carajo, con la princesa! ¡Ni hablar del peluquín! – contestó el caballo-. Mis patas están muy débiles y, por muy delgada y mona que seas se romperían con el golpe de tu cuerpo encima. ¿No ves que soy muy viejo? ¡Si ya salía en los anuncios de la tele hace más de treinta años! Lo que pasa es que nadie me compró porque tengo un defecto de color aquí, en la grupa.



– A ver… –dijo la muñeca, fijándose bien. ¡Anda, es verdad!, pero no es justo que por ese pequeño defecto te hayan rechazado. ¡Tú eres el mejor de los caballos!

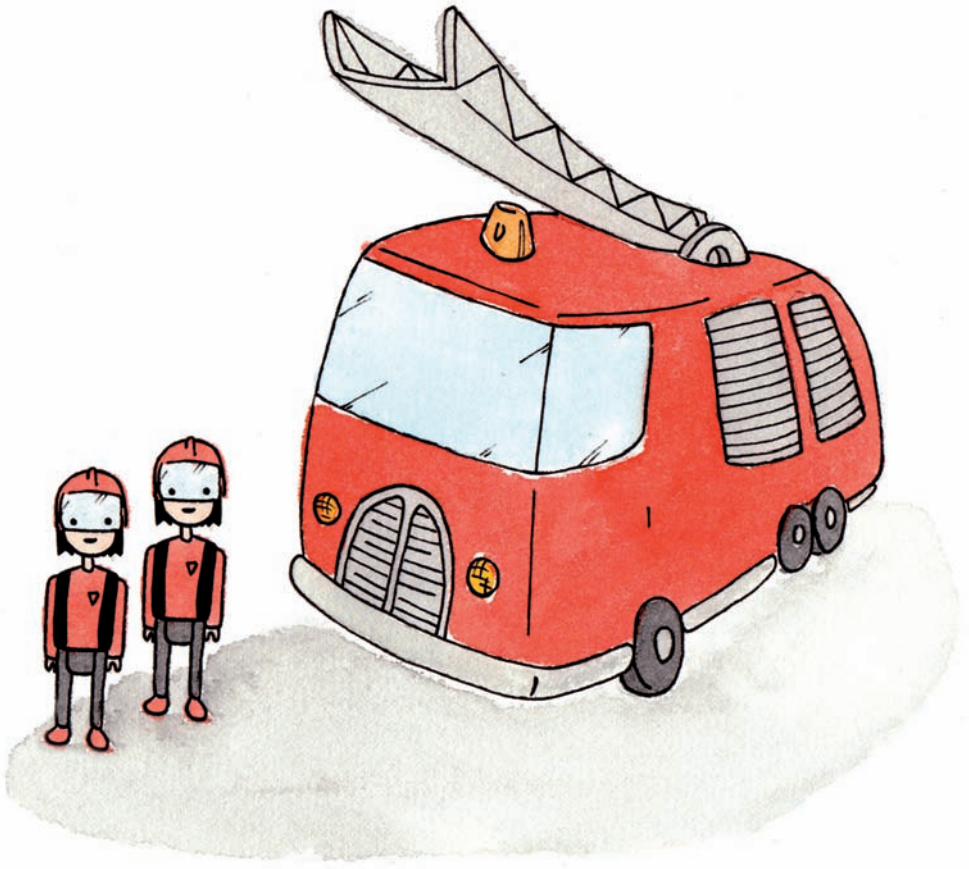
Los ojos marrones de Pimpony se llenaron de lágrimas. Él también tuvo un sueño cuando era joven. Le hubiera gustado ser un caballo libre, trotando por el jardín de una casa llena de niños, a los que habría cuidado de mil amores, pero no fue así, y siempre vivió dentro de aquella tienda. Ahora, sin embargo, sentía que podía ayudar a su amiga Sandy a cumplir su sueño.

– Esta noche, a las doce, estate aquí mismo. ¡No falles!, dijo Pimpony al tiempo que salía disparado con un galope que parecía imposible para un caballo de madera tan antiguo.

Poco antes de la hora prevista, mientras Emy, Lupe y Lisa se ponían sus camisones de seda y se hacían la limpieza de cutis de antes de dormir, ella, sin hacer ni pizca de ruido, se asomó al balcón. La noche era limpia y oscura. Al otro lado del cristal del escaparate se veía un cielo cuajado de estrellas muy brillantes, y la ciudad estaba tranquila. De pronto, en el extremo más alejado de la tienda de juguetes Sandy vio algo balancearse desde lo alto del rascacielos de cartón. Enseguida se dio cuenta de lo que se trataba: era el último Spiderman que había llegado a la tienda, y esta vez el héroe se encontraba en serios apuros. Agotada su reserva de tela de araña, estaba a punto de caerse. Si ocurría, alguna de sus piezas principales podría destrozarse y el mundo de los

juguetes del país de Nilosé ya no sería el mismo. ¡Oh, Dios mío! – se dijo Sandy–, ¡tengo que ayudarlo!, pero… ¿cómo?

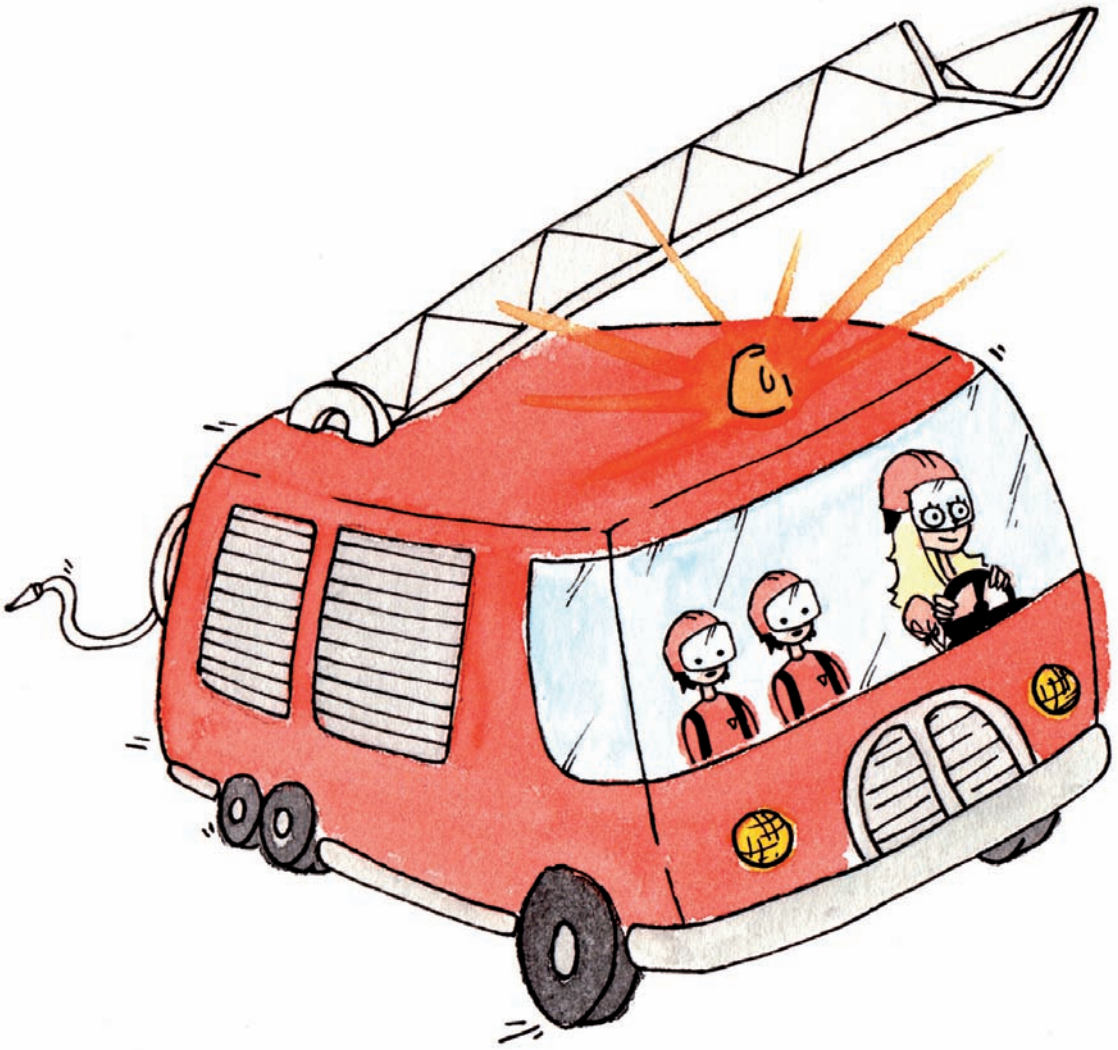
Sus amigas ya se habían acostado y todo estaba en silencio cuando Sandy escuchó un ruido lejano que se acercaba por el camino. ¡Sandy no podía creer lo que veían sus ojos! Pimpony había conseguido llegar hasta el camión de bomberos que se encontraba en el rincón más apartado de la tienda. Y no sólo eso… ¡le puso dos pilas para que funcionara! Y no sólo eso… ¡había convencido a los bomberos para que la aceptaran como compañera y la sacaran de aquella casita en la que no quería vivir! Y todo lo había hecho para ayudar a que su sueño se hiciera realidad. Pimpony, verdaderamente, era un estupendo amigo.



Era la primera vez que Sandy usaba la escalera de emergencias de un camión de bomberos para salir por una ventana y escapar de una casa, pero a partir de ese día lo iba a hacer muchas más veces. En unos minutos iba a tener que repetirlo de nuevo, pero ahora para salvar a un héroe que se encontraba en peligro. ¡Qué diría Lisa cuando se enterara!

– ¡Rápidos, muchachos! Tenemos trabajo: Spiderman, nada más y nada menos, nos necesita –dijo sin darle ni tiempo a presentarse.

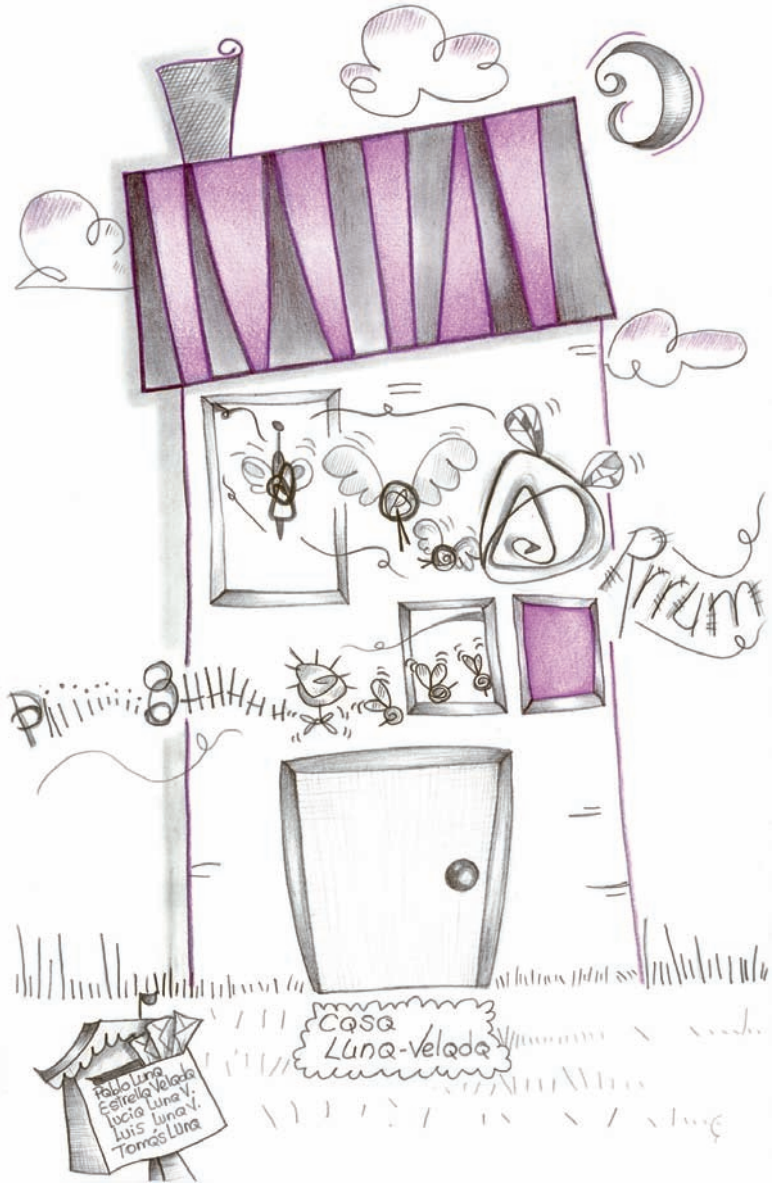
– ¡Spiderman!, exclamó uno de los muchachos. ¡La noche está interesante! ¡Allá vamos, compañera! Toma, ponte este casco, verás qué bien te sienta. Y coge el volante; tú eres la que sabe dónde tenemos que ir.



¡Ioooo, iooo, iooo, iooo! –hacía la sirena del camión de bomberos que conducía Sandy, radiante de felicidad, mientras se dirigían a toda prisa a echarle una mano a Spiderman.

Ahora sí que se sentía importante. Acababa de dejar de ser la muñeca más elegante del año, pero gracias a Pimpony se había convertido en una más de aquel magnífico equipo de valientes.

LAS COSAS OLVIDADAS



Ilustraciones: María Elisa Campuzano Rodríguez

María Elisa lleva algo más de treinta años amando el arte, desde que en el verano del 77 viera la luz por primera vez. Con el lápiz siempre entre Murcia y La Algaida, su tierra natal, guarda en su interior todos aquellos recuerdos de cientos de ilustraciones y diseños que marcaron su infancia. Licenciada en Psicología y Especialista en Arteterapia lucha por introducir de lleno el campo del arte en la Atención Temprana para Personas con Síndrome de Down, trabajo que desempeña en ASSIDO Murcia. Psicóloga, Artista y Mamá son quizá las causas que hacen que sus diseños desprendan dosis altísimas de sensibilidad y ternura.

Contacto: mariaelisacampuzano@yahoo.es

Lucía no encontraba su carpeta de dibujos. La había buscado por toda la casa, y nada, que no aparecía.

– Cuando algo no se encuentra, lo mejor que se puede hacer es sentarse y pensar un poco, tratar de recordar –le dijo su abuelo Tomás, que tenía los pelos de la cabeza y del bigote completamente blancos, como los sabios y como la luna.

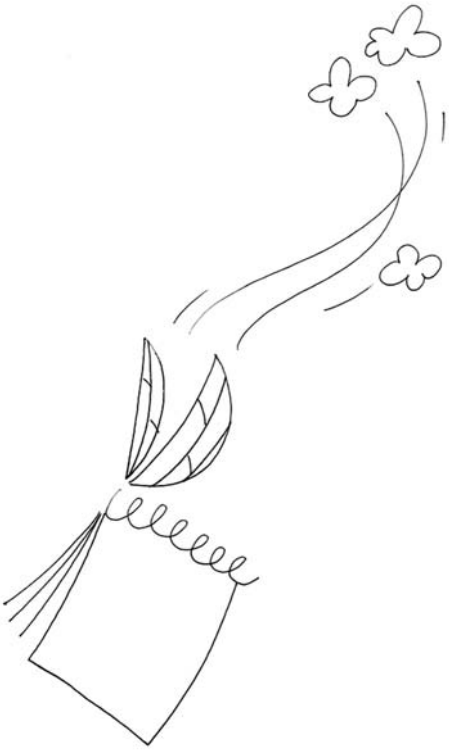
– Debes pensar en los últimos lugares en los que estuviste con ella.

– Ah… –exclamó Lucía.

Los sabios de todos los tiempos han sido hombres con mucha razón, así que decidió hacer lo que el abuelo le sugería.

Se sentó
en el tercer
peldaño de
las escaleras que suben
al piso de arriba y bajan
al piso de abajo de su casa,
concentrada en pensar lo mejor
que sabía."Voy a pensar" –decidió.
Tengo que recordar dónde dejé
la última vez la carpeta de dibujos,
se dijo. Pero lo primero que pensó fue en
quitarse los zapatos, porque le apretaban
en una parte del pie. Eso le impedía pensar
en otras cosas. Los dejó en un peldaño de
la escalera y, un poco más aliviada, apoyó las manos
sobre su cara, arrugando un poco esa parte de la frente
que se llama el entrecejo (el entrecejo se llama así porque está situado entre las cejas, justo en medio de ellas). Así estuvo un rato, pero a la mente de la pequeña Lucía no iba la carpeta de dibujos, sino que empezaron a ir y a venir muchos otros pensamientos que nada tenían que ver con ella.

– Abuelo, por más que trato de pensar, no recuerdo dónde dejé mi cuaderno –se quejó Lucía.

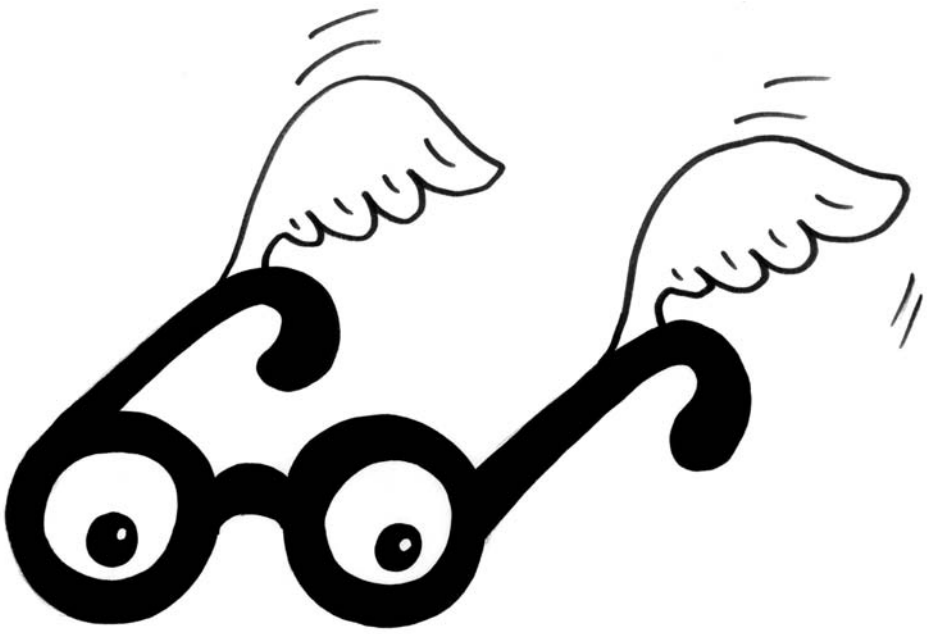


– ¡Oh, Dios mío! ¿A ti también te pasa? –le preguntó el abuelo sorprendido.

– ¿El qué…?

El abuelo se sentó junto a Lucía. La conversación que acababan de iniciar le interesaba mucho.

– Olvidarte de las cosas. A mí cada vez me ocurre más a menudo. Ya no sé qué hacer. Esta mañana, sin ir más lejos, he perdido mis gafas. Nada, que no las encuentro… ¡Con la falta que me hacen!



– Será porque ya eres muy mayor. Al abuelo de mi amigo Cristóbal también le pasa. Pierde las cosas y no recuerda dónde las dejó, y, ¿sabes?, no se acuerda ni de su nombre. Tienen que llevar mucho cuidado con él, porque si sale a dar un paseo puede ser que no se acuerde del camino de vuelta a su casa.

– Eso sí que es un problema…

Se notaba que al abuelo Tomás le preocupaba ese asunto. Las manos le temblaban un poco.

– Abuelo… ¿A ti no te va a pasar eso, verdad?

– Bueno, bueno… –respondió–, será lo que tenga que ser, y así hay que aceptarlo. Perder la memoria es ley de vida, pequeña. Al final, se pierde todo. Resulta que, antes

de irnos para siempre, los ancianos vamos dejando nuestros recuerdos poco a poco. Es como si tuviéramos que descargarnos de ellos para poder llegar a nuestro destino ligeros de equipaje, como los hijos de la mar, que dijo un poeta.

– ¿Porque pesan mucho, igual que mi mochila los días de cole?

– Sí, tal vez. Pero claro, eso nos pasa a los abuelos porque ya somos viejos y estamos un poco *escacharraos*, pero que te ocurra a ti ya es otro cantar… No puede ser que con sólo nueve años no te acuerdes de dónde dejas las cosas. En tu caso, eso se llama despiste. Tu memoria tendría que ser muy buena, porque eres muy joven, así que tienes que recordar dónde dejaste esos dibujos y encontrarlos lo antes posible porque yo no creo haberlos visto, y ya sabes que me encantan. Lo mejor será que pienses dónde los dejaste.

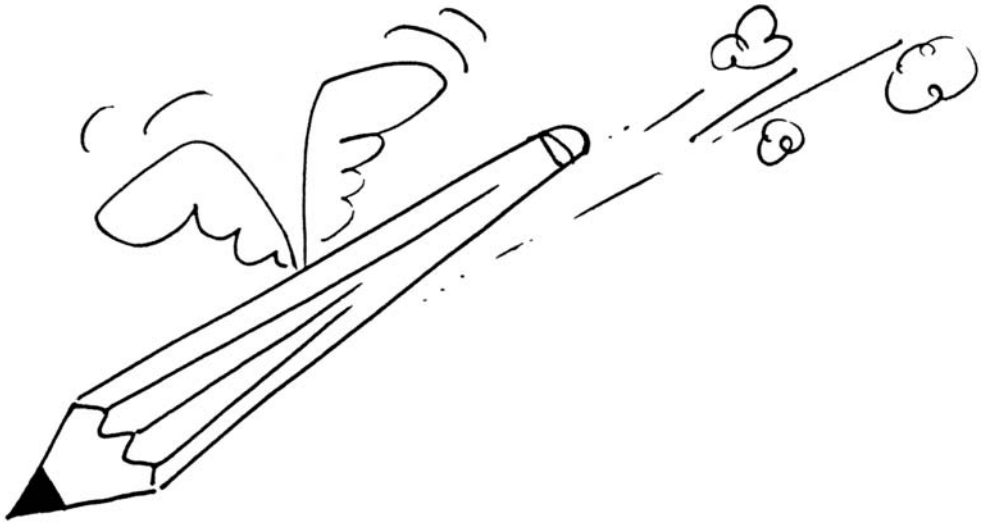
– Pensar, pensar… Es que es muy difícil pensar en una sola cosa, abuelo.

– ¡Anda, claro! Pero mira, se me ocurre que mientras estás pensando, podrías hacer otra cosa.

– Otra cosa… ¿cómo qué?

– Por ejemplo… –el abuelo se rascó la cabeza mientras lo pensaba–, ¡podrías hacer un nuevo dibujo!

– ¡Vale!, ¡eso me gusta! –exclama Lucía.



Mientras saca los lápices de colores, la niña quiere pensar en lo que no encuentra, pero no sabe qué pasa con los pensamientos. A su cabeza, de bonitos cabellos oscuros, no paran de ir y venir pensamientos de esto, de lo otro y de lo de más allá. Al final se distrae y ¡nada!, ¡que no hay manera de pensar en lo que quiere!

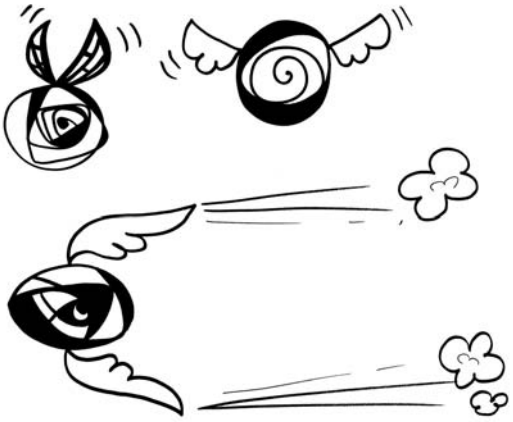
– ¡Igual es que no sé pensar! –piensa un poco desesperada.

Además, ya se ha dado cuenta de que hay un pensamiento pequeño y muy rápido, que viene y va a su cabeza continuamente, como si fuera un abejorro. Dice así:

"¡Qué bien estaría jugando con Nina en el jardín!"

Claro, es que Nina es su mejor amiga, y realmente le gustaría mucho jugar con ella en este momento, aunque ya sabe que sus padres le han dicho que no debe salir hasta que regresen.

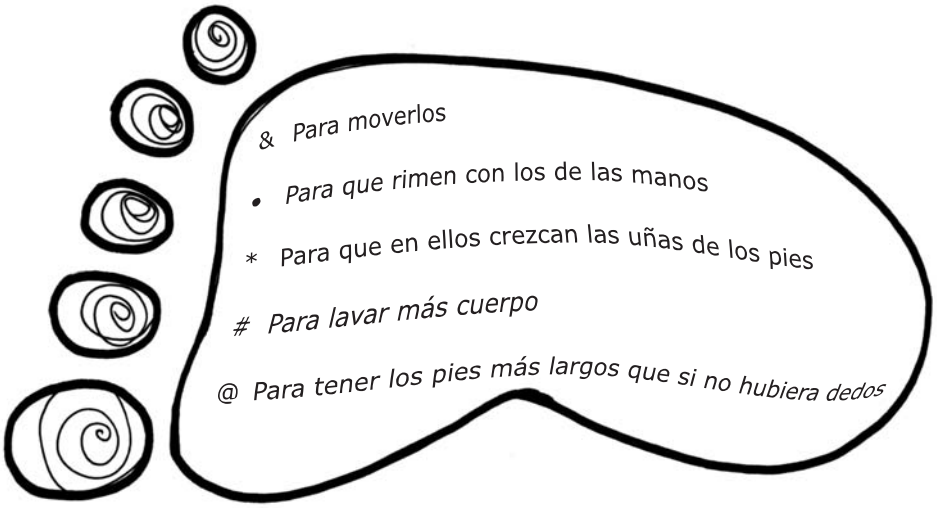
Y, encima, sin ella quererlo y apenas sin darse cuenta, a su cabeza van y vienen otros pensamientos que nada tienen que ver con la carpeta de dibujos. Lucía imagina que son unos intrusos con formas y tamaños caprichosos. Le parecen tan vivos que imagina que tienen cuerpo y que van acompañados de sentimientos. Algunos son grandes, otros pequeños; los hay también cortos y largos, anchos y estrechos… Luego resulta que unos son tristes, mientras que otros son alegres, y para colmo también los hay que producen enfado, rabia o asco. El caso es que, entre todos, los pensamientos ocupan tanto lugar dentro de su cabeza que no dejan ni un solo espacio vacío dentro de ella.



Lucía se imagina que son como pájaros, porque acuden volando, se posan un momento sobre ella y luego se van sin más, de la misma forma que han llegado, pero dejando un rastro como el de los aviones en el cielo. Eso sucedió con el pensamiento que se posó sólo durante unos segundos, mientras miraba sus pies descalzos:

"Los dedos de los pies no sirven para casi nada. Con ellos no se puede escribir, ni dibujar, ni tocar el piano"

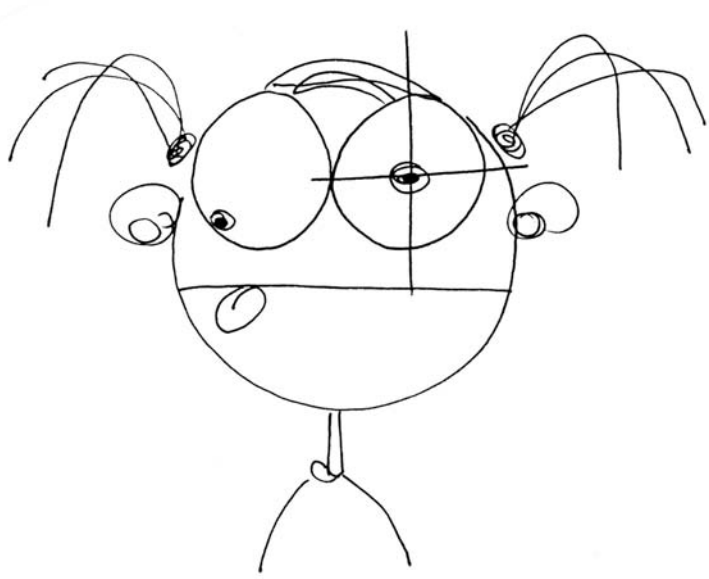
Y, pensando, pensando, a Lucía se le ocurre que los dedos de los pies sirven para cuatro o cinco cosas:



– Abuelo, a veces, cuando tratas de pensar muy en serio en algo, ¿a ti se te ocurren otros pensamientos que pueden ser un poco tontos? –le pregunta mientras él riega una maceta en el salón.-

– ¡Anda, todos los días y a todas horas! Eso le pasa a todo el mundo, y a los viejos más todavía. Los pensamientos tienen reglas de funcionamiento un poco extrañas. A veces es difícil pensar en lo que más se quiere.

– Pues yo creo que no es muy buena idea eso de pensar en mi carpeta de dibujos para encontrarla. Al final seguro que me dolerá la cabeza de tanto pensar y pensar –dice Lucía.



Mientras le saca punta al lápiz rojo, acude otro pensamiento a su cabeza. Este es gordo, largo y ancho, y tiene que ver con el abuelo. Lucía piensa que está preocupado porque teme que le pueda suceder lo mismo que al abuelo de Cristóbal: olvidar las cosas más importantes de su vida poco a poco, hasta llegar a olvidarse de su propio nombre. Como si una goma de las de borrar, pero gigante, le pudiera borrar los recuerdos hasta hacerlos desaparecer.

A Lucía le da mucha pena. Realmente le gustaría ayudar al pobre abuelo.

Tal vez, si le ayuda a encontrar las cosas que pierde o que olvida… Pero, ¿cómo podría hacerlo si ni siquiera es capaz de encontrar lo que ella misma ha extraviado?

Por otra parte, no podría imaginarse algo peor que ver cómo su abuelo se levanta un día y se ha olvidado de ella, de su nombre, de lo que le gusta, de lo que sabe hacer... Él la ha enseñado a dibujar y a montar en bicicleta; cuando era más pequeña la acompañaba y la recogía todos los días del colegio, y siempre le cuenta bonitas historias antes de dormir. No, el abuelo no podría olvidarse nunca de cosas tan importantes. Y, sin embargo, al abuelo de Cristóbal le había ocurrido…

¡Algo tenía que hacer para evitarlo!

A Lucía le bastó sólo un minuto para que a su mente acudiera un pensamiento que le pareció estupendo:

– ¡Ya sé! Dibujaré en un cuaderno todo lo que es importante para el abuelo, y también escribiré todo lo que, de ninguna manera, puede olvidar. Si un día no recuerda cómo se llama o dónde vive podrá refrescar su memoria nada más abrir el cuaderno. ¡Así venceremos al olvido! –decidió Lucía.

– Abu, ¿qué es lo que más miedo te da olvidar? –le pregunta.

– Ay, hija, ¡tantas cosas! Me da miedo levantarme un día y encontrarme con que no recuerdo quién soy yo, ni quiénes sois todos vosotros. Que una mañana, después de una noche muy oscura, mi familia, los que más quiero en el mundo, os hayáis convertido de pronto para mí en unos desconocidos.

También me da miedo que, andando, andando, un día me pierda, y que nunca más encuentre el camino de regreso a casa.

– Como en el cuento de Hansel y Gretel.

El abuelo no se acordaba de esa historia, así que sólo le contestó:

– Seguramente.

– Abuelo, ¡tengo un plan! –exclamó Lucía. ¡Yo sé cómo podemos evitar eso! ¡Sé cómo te voy a ayudar!

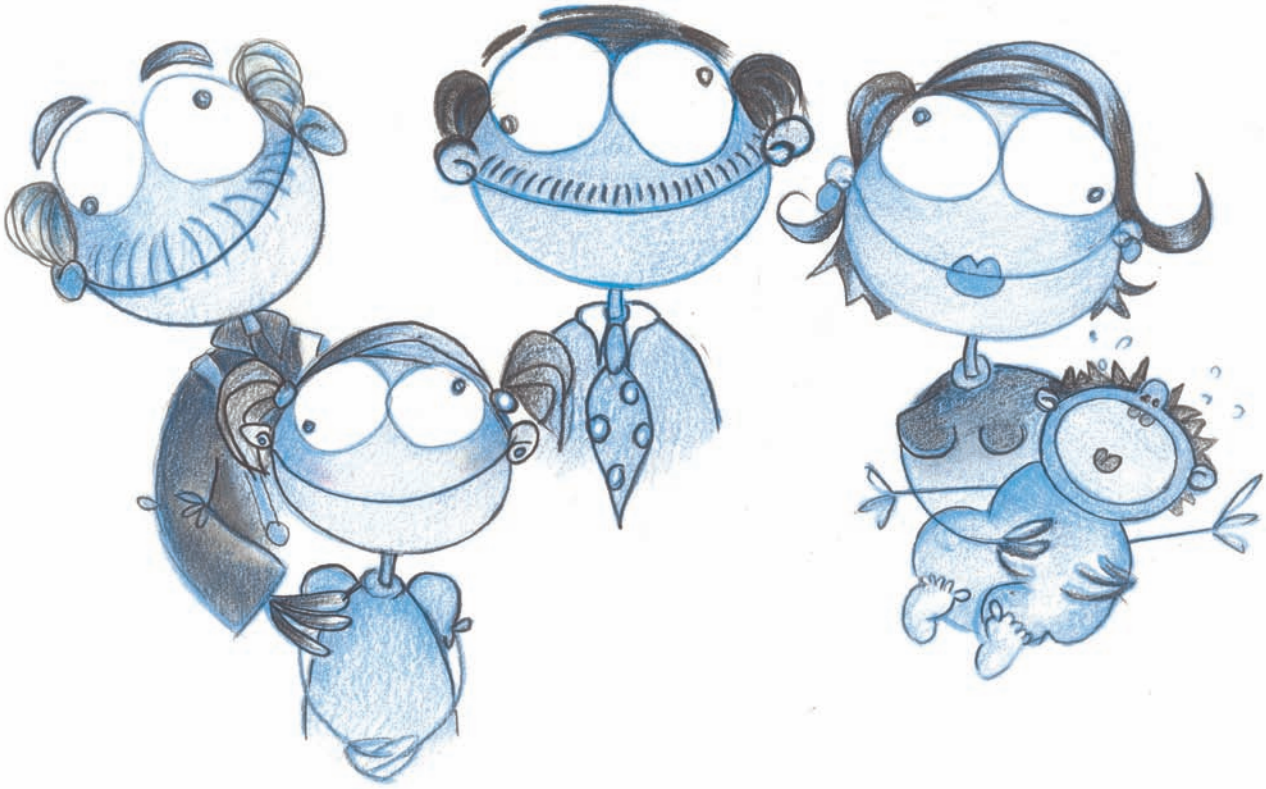
– ¿Y eso? –le pregunta el abuelo sorprendido.

– Voy a escribir para ti una libreta donde esté todo lo que no quieres olvidar. Tú sólo tienes que llevarla siempre en el bolsillo, y cuando tengas algún problema pues la sacas y ya está.

Él le sonríe. Agradece mucho el interés que tiene su nieta por ayudarlo, y como no quiere decepcionarla le da un beso y le dice:

– Me parece una buena idea. Está bien, podrías ir escribiendo esa libreta.

Lucía no lo duda: lo primero que tiene que dibujar es a su familia. Ellos son lo más importante para el abuelo. Se lo ha oído decir cientos de veces: "¡Mi familia es lo más importante para mí!"



Esa mañana de sábado sólo estaban en casa ellos dos; los demás se habían ido. Su hermanito Lucas pasó la noche con fiebre y sus padres salieron muy temprano para llevarlo al hospital, pero, aunque no estuvieran presentes ella se sabía sus caras de memoria, así que podría dibujarlos muy bien.

Lucía está emocionada con la idea que se le ha ocurrido.

– Este sí que es un buen pensamiento –se dice–, y, sin embargo, ha vuelto a suceder: el pensamiento-abejorro ha vuelto a pasarle por la cabeza como un relámpago:

"¡Qué bien estaría jugando con Nina en el jardín!"

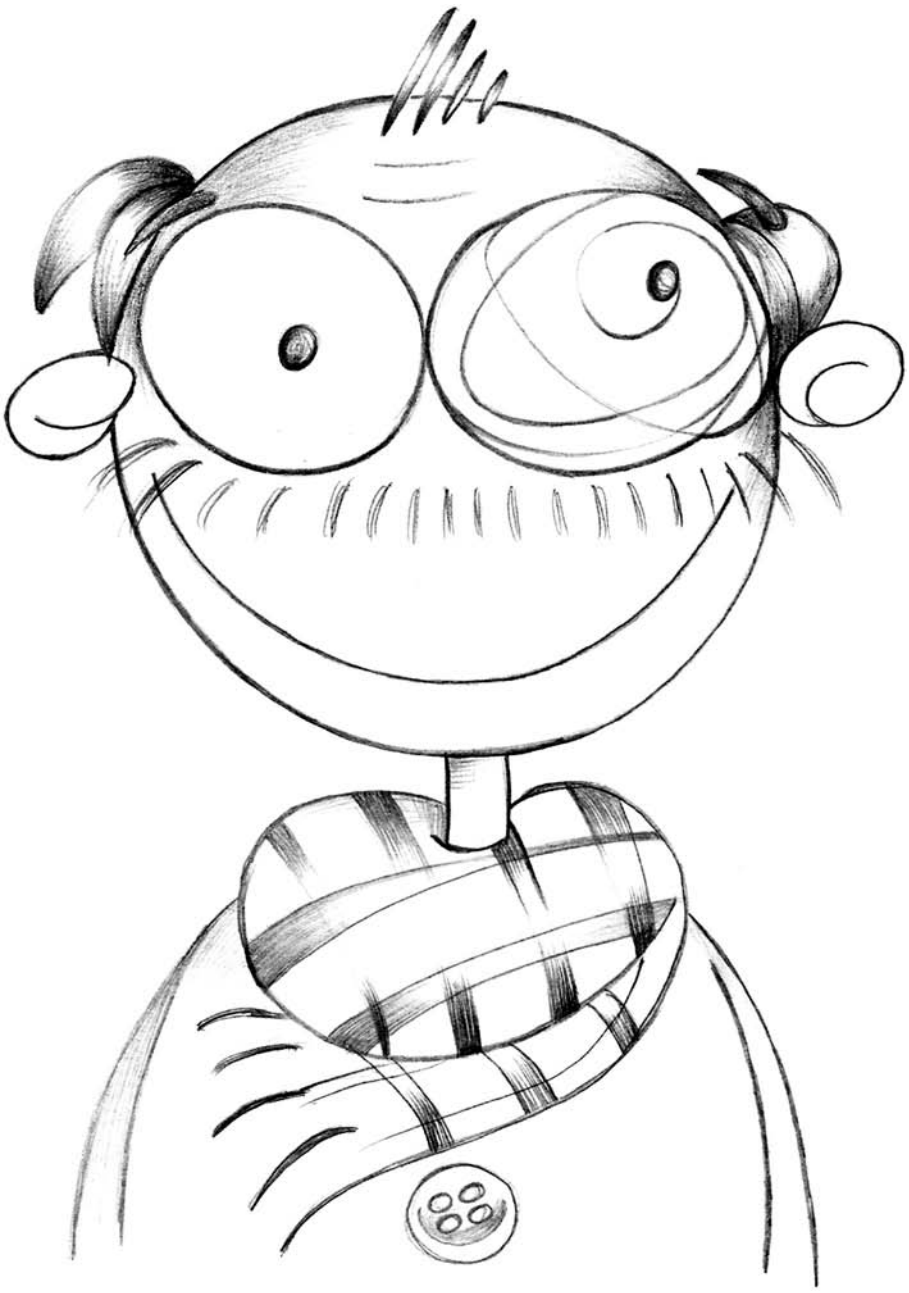
Es que, claro, seguramente Nina y los demás niños ya estarían jugando allí, y ella siempre se divierte un montón con todos ellos. Pero no puede salir hasta que lleguen sus padres y, además, se ha propuesto ayudar al abuelo en el asunto de las cosas olvidadas, así que empieza escribiendo en el cuaderno lo que cree que el abuelo Tomás no puede olvidar bajo ningún concepto:

"La casa de la familia Luna, que es tu casa y tu familia, está en el número 14 de la calle Vía Láctea.

Si alguna vez no recuerdas cómo llegar hasta allí, tendrás que buscar un parque con la estatua de un oso en el centro, donde hay muchos columpios y unos castaños enormes. Para ir a tu casa, primero tienes que ir en línea recta hasta llegar a la fuente que llaman de Los Cinco Caños; luego tomas la primera calle a la izquierda y, después, la segunda a la derecha. Allí es…

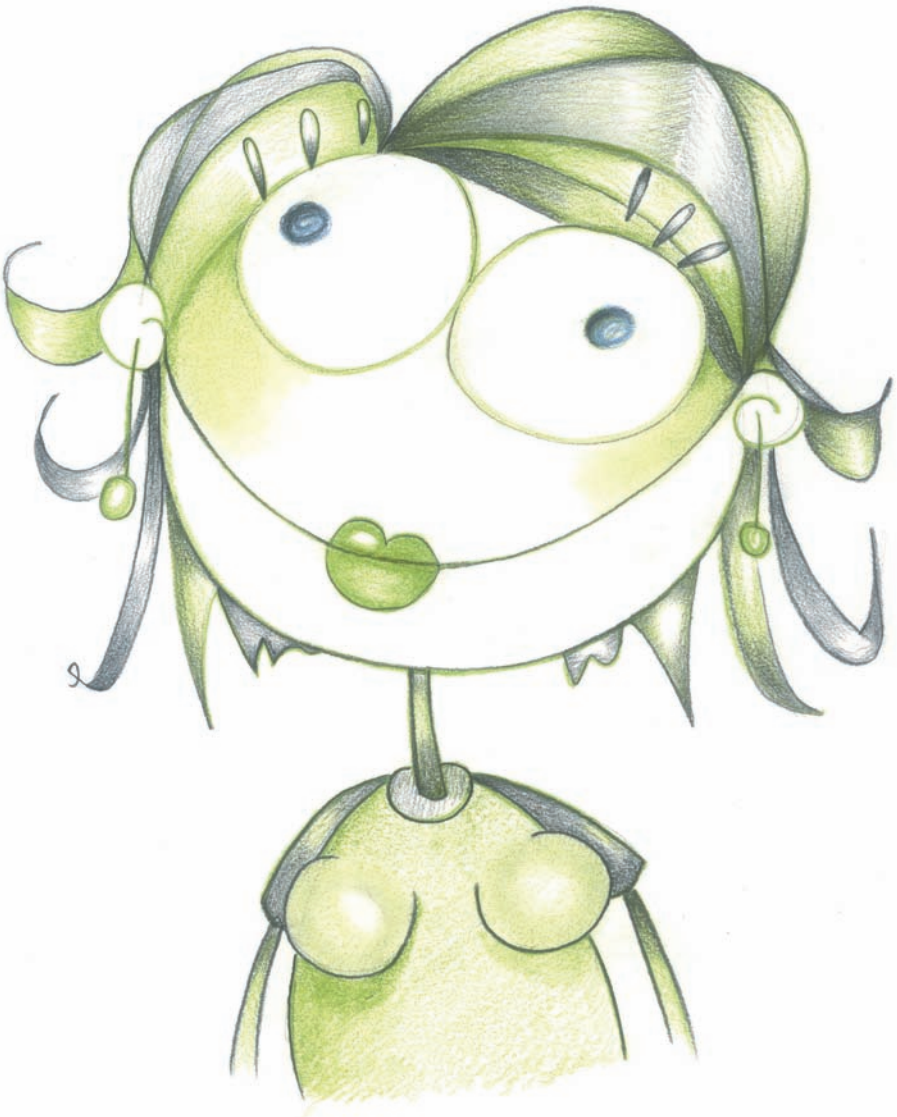
Pero, para estar completamente seguro de que se trata de la casa de los Luna, puedes mirar en el buzón, que está en la puerta. Si te fijas bien, allí se pueden leer los nombres de todos los que la habitan. El tuyo también. Tú te llamas Tomás Luna, y eres el abuelo de la familia.

Así eres tú:



Mi padre, que es tu hijo, se llama Pablo Luna. En este dibujo tiene el bigote negro, aunque con el tiempo se le irá poniendo primero gris oscuro, luego gris perla, después gris claro, más y más claro, hasta que finalmente sea completamente blanco, igual que el tuyo.

La madre de la familia –que es mi madre- se llama Estrella Velada. A ti te encanta su potaje bullero, sus paparajotes y su arroz con leche. Tiene los ojos azules y el pelo muy negro y brillante, como las noches más misteriosas y los zapatos nuevos de Pablo Luna.



También hay un niño pequeño: Luis Luna; él es mi hermano. Es redondo, y tiene los ojos muy negros y grandes. Llora mucho; para todo llora: cuando tiene hambre llora, cuando tiene sueño llora, cuando se ha hecho caca llora, cuando quiere que lo tomen llora… Mamá dice que llora tanto porque no tiene palabras y algo tiene que decir. Es que Luis todavía no sabe hacer muchas cosas, como hablar o andar solo.

Y esta soy yo. Me llamo Lucía Luna Velada, tengo nueve años y me gusta mucho dibujar. Soy tu nieta, a la que has enseñado mucho de lo que sabe hacer. Lo que no se me da muy bien, aunque tú me lo pidas, es pensar en las cosas que pierdo, porque mis pensamientos nunca se están quietos, y son muchísimos.

Lucía se ha cansado un poco de tanto escribir y dibujar. Como antes estaba muy concentrada en los dibujos de su familia no se había dado cuenta de las voces y las risas que entran por la ventana, pero ahora las reconoce: ¡son sus amigos!, ¡es Nina, que está en el jardín! El pensamiento-abejorro vuelve al ataque:

"¡Qué bien estaría jugando con Nina en el jardín!"

El abuelo, Tomás Luna, que ya se había echado su siestecita de media mañana en la terraza, abre la puerta de la casa. Va diciendo, sin decírselo a nadie, que tantos ruidos y voces en la calle no lo dejan dormir. Como los ojos se le han llenado de luz cegadora y no ve bien en la penumbra, tropieza con Lucía al poner sus pies en el escalón de la escalera. Bueno, a decir verdad, también tropieza porque lleva puestas las zapatillas en el pie equivocado. Es un despistado de campeonato.

– ¡Ay!, ¡qué susto me has dado! – dice sorprendido al encontrarse con Lucía- ¿Qué haces aquí sentada?

Era evidente que ya no se acordaba de que él mismo fue quien le aconsejó a su nieta que se sentara a pensar y que, mientras lo hacía, podía dibujar. Se sienta junto a ella y, tocándose los bigotes, le pregunta:

– ¿Has encontrado ya eso que habías perdido?

– No

– ¿Qué cosa era, hija? Ya no me acuerdo…

– ¡Oh, Dios mío! –se dijo Lucía–, ¡el abuelo no se acuerda de nada!

– ¿Sabes? –le confiesa, cambiando de tema–, estoy haciendo un cuaderno para ti. Lleva dibujos, y en él voy escribiendo todo lo más importante, lo que no puedes olvidar.

– ¡Ah, qué bueno es eso! Seguro que cuando lo termines me será muy útil. Con esta cabeza mía no doy pie con bola. Ahora voy a leer el periódico en mi sillón orejero; aunque no sé si podré ver las letras sin las gafas.

Lucía lo mira mientras sube las escaleras. El abuelo lo hace torpemente, poniendo con cuidado sus pies con las zapatillas al revés en los peldaños, y tocándole suavemente el lomo a la barandilla de madera con final de cabeza de león que nunca muerde. Cuando va por el cuarto escalón, presintiendo la mirada atenta de la niña, se vuelve y le hace una pregunta:

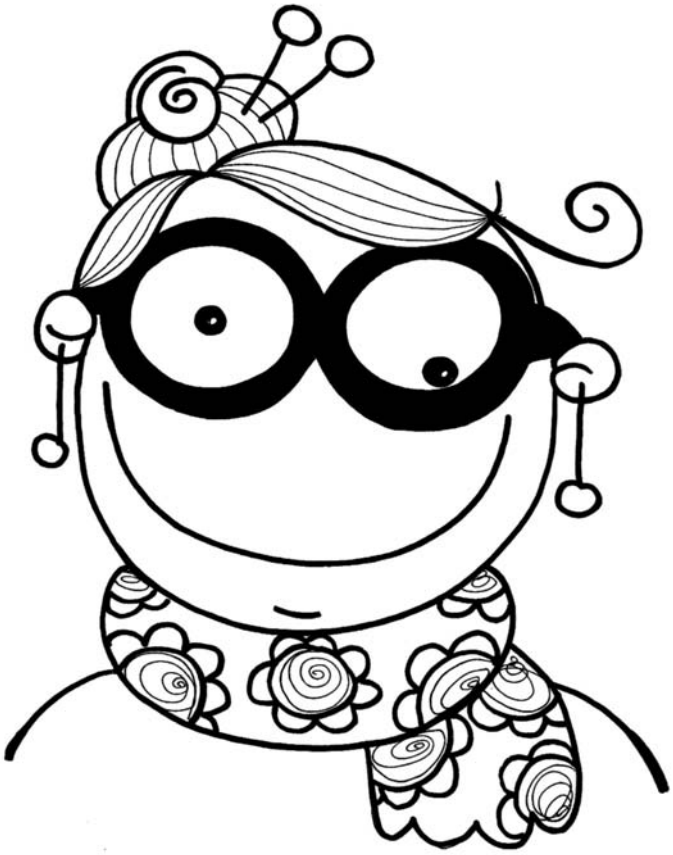
– ¿No sabrás tú dónde están mis gafas, Lucía? No recuerdo dónde las puse la última vez, y sin ellas no puedo leer bien.

Un sillón orejero es un asiento muy especial que sólo está en algunas casas del mundo. En casa de la familia Luna lleva toda la vida que recuerda Lucía. Tomás Luna lo compró hace muchos años, cuando vivía la abuela Nieves del Valle y funcionaba el telescopio que ella le regaló por un cumpleaños.

Entonces pasaba horas mirando las estrellas y las fases de la luna desde la ventana más alta de la casa, sentado cómodamente en el sillón orejero.

La forma del sillón, con esas grandes orejas de cuero verde protegiendo las suyas, hacía que su cabeza quedara resguardada del frío de la noche y del relente de la madrugada. Gracias a eso, podía tener tranquilamente la ventana abierta de par en par y mirar durante todo el tiempo que quería el firmamento sin temor a resfriarse.

La abuela, Nieves del Valle, a veces subía para acompañarlo y tomar un té junto a él, mientras ella también contemplaba hacia lo alto, pero siempre tenía la precaución de ponerse un gorro rojo de lana y una bufanda a juego al entrar a la habitación de mirar el cielo y las fases de la luna, porque allí, con la ventana más alta de la casa abierta de par en par, hacía bastante frío.



Luego, cuando a Tomás Luna se le rompió el telescopio y le dijeron que no tenía arreglo, no quiso comprar uno nuevo, porque él sólo quería el que le había regalado su esposa. Por eso, aunque hacía años que ya no tenía telescopio, él seguía mirando atentamente cada noche el firmamento desde la ventana más alta de la casa, sentado en su sillón orejero, con las gafas bien montadas sobre su nariz, pero ya no era lo mismo.

Lucía se ha cansado de estar sentada en la escalera –le duele un poco el culo de estar tanto tiempo allí- y decide seguir con el cuaderno para salvar la memoria del abuelo, pero ahora sentada en el sofá, que es mucho más cómodo.

Al cambiar de posición se da cuenta de que desde ese lugar se ven otras cosas diferentes de las que podía ver desde el tercer escalón de la escalera.

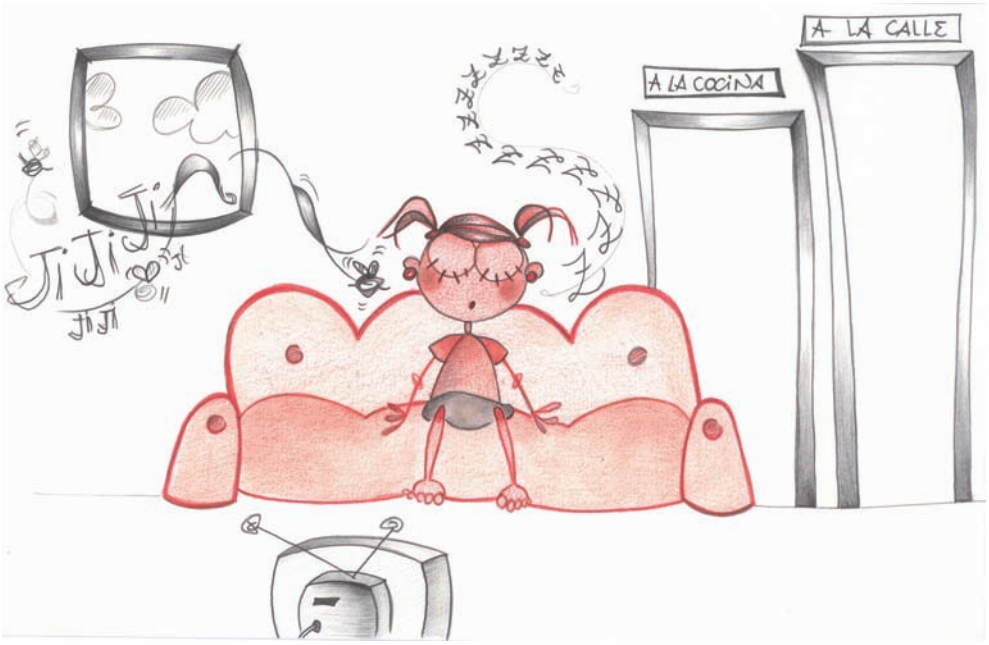
– ¡Qué curioso! –piensa.

Si le hubiera preguntado, el abuelo le explicaría que es porque se trata de perspectivas diferentes. El caso es que a la derecha del asiento de en medio del sofá, que es donde se encuentra ahora Lucía, pueden verse dos puertas de entrar y salir. Por una se va a la cocina, donde están las galletas de chocolate blanco que tanto le gustan a la niña. Por la otra se sale a la calle, donde desde hace un buen rato está Nina jugando en el jardín. Y si, en lugar de mirar a la derecha, giras la cabeza hacia la izquierda se puede ver la ventana desde la que entran los ruidos de la calle sin pedir permiso. Entre las voces que entran invisiblemente por sus orejas con pendientes de oro, Lucía ha escuchado la risa de Nina. Eso hace que acuda de nuevo, como un relámpago, el pensamiento-abejorro:

"¡Qué bien estaría jugando con Nina en el jardín!"

Aunque lo que Lucía Luna tiene enfrente es la pantalla del televisor, con todos los dibujos y películas durmiendo detrás de su ojo cerrado, ahora no quiere ver la tele. Tampoco, a pesar de lo que dice el pensamiento-abejorro, quiere jugar con Nina en el jardín. Lo que verdaderamente se ha propuesto es terminar cuanto antes esa libreta para el abuelo. Con tantos despistes y olvidos como tiene últimamente puede ser que le haga falta muy pronto, y ella no quiere fallarle.

Pero, sin darse cuenta, a Lucía le entra un sueño que la abraza y la hunde en el sofá de la sala de estar.



Cuando despierta, Tomás Luna está sentado a su lado, acariciándole el pelo, que es negro y brillante como el de Estrella Velada. El abuelo le sonríe.

– ¿Has dormido bien? –le pregunta.

– No quería dormir, abuelo. Quería terminar el cuaderno para salvarte de las cosas olvidadas.

– Ya, pero algunas veces, sin querer, también se hace lo que parece que no se desea –dice él muy pensativo. Pero, dime, ¿ya has encontrado eso que perdiste?

– ¿Mi carpeta de dibujos?

– Ah, eso era…

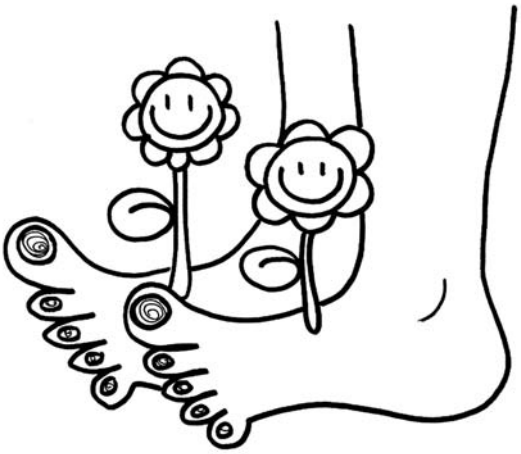
– No, no sé dónde está. Igual ha sido mamá, que la ha guardado en algún sitio.

– Igual ha sido eso, sí.

– ¿Y tú?, ¿has encontrado tus gafas? –le pregunta la niña, restregándose los ojos.

– No. Y no he podido leer el periódico, porque no veía bien las letras sin ellas. Pero, ¡qué demonios! ¡Vamos a dejarnos ya de todo eso!, ¡es hora de merendar!

Sin las gafas, verdaderamente el abuelo no veía bien. Puso café en el vaso de leche de Lucía, y sal en vez de azúcar en su té. Los dos rieron del pequeño desastre y para celebrarlo se comieron un paquete de galletas de chocolate blanco, que son las favoritas de Lucía. Quizá porque se habían olvidado de ponerse los zapatos, Tomás Luna y su nieta estaban descalzos, sintiendo la deliciosa frescura del suelo en las plantas de los pies.



– ¿Sabes? Tampoco me acuerdo de dónde dejé la máquina de afeitar, y hoy no he podido afeitarme. Raspo una cosa mala –le confiesa el abuelo a Lucía.

– ¿Y ya has pensado dónde la dejaste la última vez?

– Sí, pero es que mis pensamientos son muy peregrinos.

– ¿Qué quiere decir eso?

– Que son muy rápidos y no se quedan. No me da tiempo a pillarlos –contesta.

Al abuelo, de repente, se le ha transformado la cara: ahora tiene una expresión de tristeza. Incluso se le han quitado las ganas de seguir comiendo la galleta de chocolate blanco que tiene en su mano. Es por eso por lo que Lucía le cuenta lo de su pensamiento-abejorro:

– Pues yo tengo un pensamiento-abejorro, abuelo.

– ¿Y cómo es ese?

– Es muy pesado; siempre dice lo mismo: ¡Qué bien estaría jugando ahora con Nina en el jardín! Va y viene a cada momento.

– Será porque quieres hacerlo –dice el abuelo, con mucha sabiduría y con todo su pelo blanco como la luna. A los pensamientos-abejorro hay que prestarles mucha atención. ¿Has visto ya a Nina? ¡Mírala!, ¡está ahí, en el jardín! –dice el abuelo, asomándose por la ventana. ¿No quieres jugar con ella?

– Sí y no –contesta Lucía.

– ¿Sí o no? –pregunta el abuelo.

– Que sí quiero, pero es que también quiero terminar eso que estoy haciendo para ti. Pienso que a lo peor tenemos poco tiempo…

– ¿Te refieres a terminar el cuaderno para mi memoria?

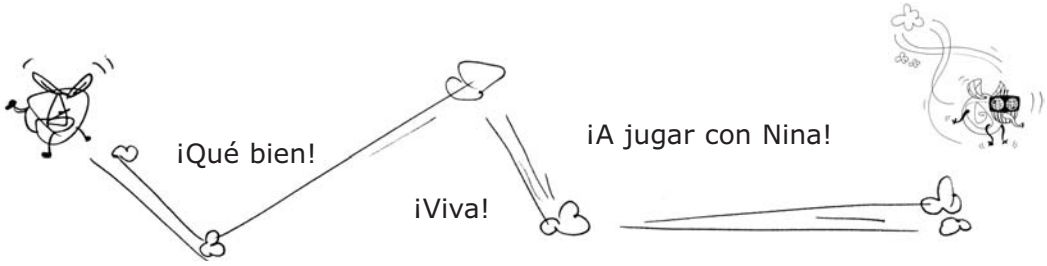
– Eso…

– ¿Y por qué no me dejas que vea lo que has hecho y mientras sales a jugar un rato?

– ¡¿Puedo?! –le pregunta ilusionada.

– ¡Pues claro! Esto que me está pasando puede esperar un poco. Nos dará tiempo a poner en orden nuestros recuerdos más importantes; yo también quiero hacerlo contigo, así siempre estaré en tu memoria y el olvido jamás nos vencerá.

Mientras la niña corría al encuentro de su amiga, el pensamiento-abejorro se puso tan contento que saltaba de alegría y decía cosas como:

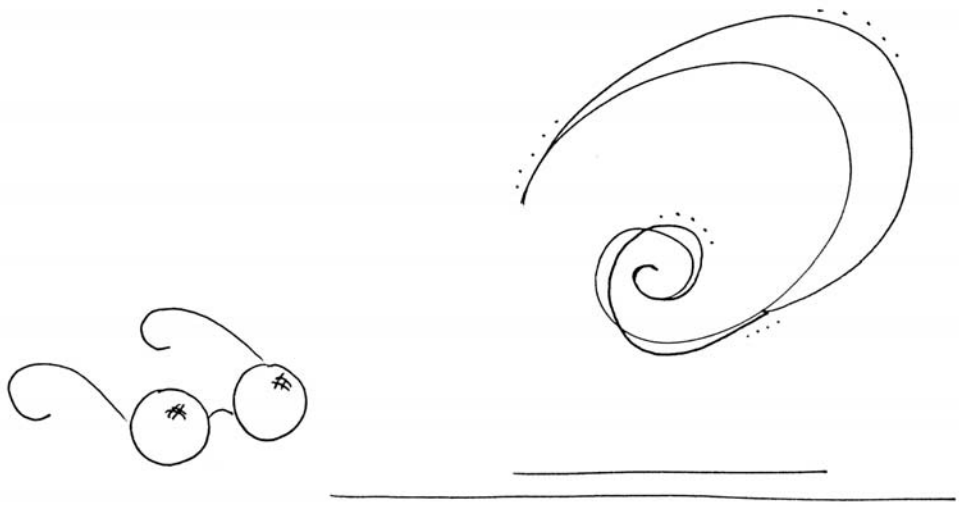


¿A qué cosas jugó Lucía Luna con Nina?

Eso es algo que nunca sabremos del todo, porque no estuvimos allí para verlo. Sí que estuvimos, mientras tanto, con el abuelo Tomás, que se emocionó con cada uno de los dibujos y explicaciones que su nieta había escrito en el cuaderno para él. ¡Quien sabe si algún día podrían salvarlo de un desastre, como los que le ocurrían cada día al abuelo de Cristóbal desde que la memoria le fallaba tanto!

Y lo mejor de todo es que pudo leerlo sin problemas porque, cuando menos lo esperaba, el abuelo encontró sus gafas. Todo el tiempo habían estado junto a la carpeta de dibujos de Lucía, sobre la mesilla de su cuarto. Como la memoria del abuelo Tomás era así de rara recordó de pronto que la noche anterior había estado viendo, uno por uno, todos los dibujos de Lucía, y que por la mañana olvidó devolverle la carpeta y decirle que se sentía muy afortunado por ser el abuelo de una niña tan especial como ella.

Pero trataría de recordarlo con todo su empeño, para darle un abrazo y decírselo a su nieta en cuanto regresara de jugar con su amiga Nina en el jardín.



UNA REFLEXIÓN
PARA “LOS MAYORES”

Los cuentos infantiles son un recurso ideal para entrenar a los más pequeños en el proceso de simbolización y de abstracción; leer permite tanto consolidar la imaginación, como desarrollar la curiosidad por saber y la capacidad de razonamiento y reflexión. Se podría afirmar que el niño que sabe interpretar un cuento puede manejarse con soltura en las demás actividades académicas, y que será capaz de comprender cualquier lectura.

Si, como decía en la introducción de este libro, leer es una aventura, también, en los primeros años, esta aventura puede ser planteada como un juego. Al fin y al cabo, el mejor de los logros que se puede pretender aficionando a los niños a la lectura es que descubran el placer que conlleva; un placer que abre las fronteras de la mente.

Los adultos que estamos cerca de los niños podemos enseñarles algo de ese juego, incitando el deseo de la lectura. Jugar a descubrir un enigma, a resolver peligros, a compartir lo que se lee y por qué se ha leído; también lo que se ha imaginado a partir de esa lectura. Jugar a inventar otros personajes, otros finales, otras historias… Jugar, en definitiva, a soltar con hilo largo la cometa de la imaginación y dejarla que roce las nubes; jugar a soñar.

Pero, ojo, porque no siempre los sueños son felices, ni en todos los juegos se gana. A veces nos empeñamos en que los niños lean, incluso contra su voluntad. La animación a la lectura es una receta que no siempre funciona. Habría que disponer de estadísticas fiables: ¿cuánto tiempo dedican los niños de cada edad a leer, y cuánto a otras aficiones como los videojuegos, televisión, móviles, etc.? Nunca se ha animado tanto a leer a los niños como en estos tiempos, y seguramente nunca se han sentido tan seducidos por otras aficiones diferentes, que actúan como fuerzas contrarias a la palabra escrita, a la abstracción y al pensamiento. Lo común a estas nuevas aficiones que tanto atrapan a los pequeños es que cada vez son más sofisticadas, y que están dominadas por atractivas imágenes de alta resolución. Giovanni Sartori habla del "Homo videns", el hombre que ve, contrapuesto al hombre que piensa y que razona. Afirma que en la sociedad actual las cosas representadas en imágenes cuentan y pesan más que las expresadas con palabras. El hombre cree más en lo que ve que en lo que lee o en lo que oye. Y esto, según él, supone un cambio radical de dirección, porque "mientras que la capacidad simbólica distancia al homo sapiens del animal, el hecho de ver lo acerca a sus capacidades ancestrales".

Los educadores y los padres, los adultos que podemos reconocer el valor que tienen las palabras, tenemos el reto de salvar también este otro planeta: el del pensamiento y el de la palabra escrita. Los libros son su territorio, y el amor a la lectura su salvaguarda.

Quizá, paralelamente a ese loable interés institucional por "animar a los niños a la lectura" haya que tener en cuenta el alto poder de atracción que a lo largo de la historia ha tenido lo oculto, lo prohibido, lo meramente sugerido, y aquello que forma parte de las cualidades de otras personas que se admiran. Si bien es preciso inducir una disciplina por la lectura y hacer que ésta forme parte de las actividades diarias, tanto en la casa como en la escuela, también hay que estar atentos a la iniciativa y a los intereses de los niños para procurar que ese libro, cómic, cuento o revista de su interés no esté muy lejos de él.

A continuación se sugieren una serie de juegos y actividades relacionadas con los cuentos de este libro. Su interés fundamental es que, a partir de ellos, se pueda provocar la fantasía, la reflexión y la imaginación en los niños, así como la expresión escrita. Muchas de estas actividades se proponen como realizaciones individuales, pero otras invitarían a ser tratadas en pequeño o gran grupo.

Concha M. Miralles

GUÍAS DIDÁCTICAS
DE LOS CUENTOS

GUÍA DIDÁCTICA DEL CUENTO
"LA PLAZA DE LAS MEDIAS LUNAS"

1. Inventa diálogos:
   - ¿Qué conversación podría mantener un columpio con una pelota abandonada en el parque?
   - Inventa un diálogo entre la luna y el sol.
   - ¿Qué conversación podría mantener un árbol con el pájaro que vive en sus ramas?

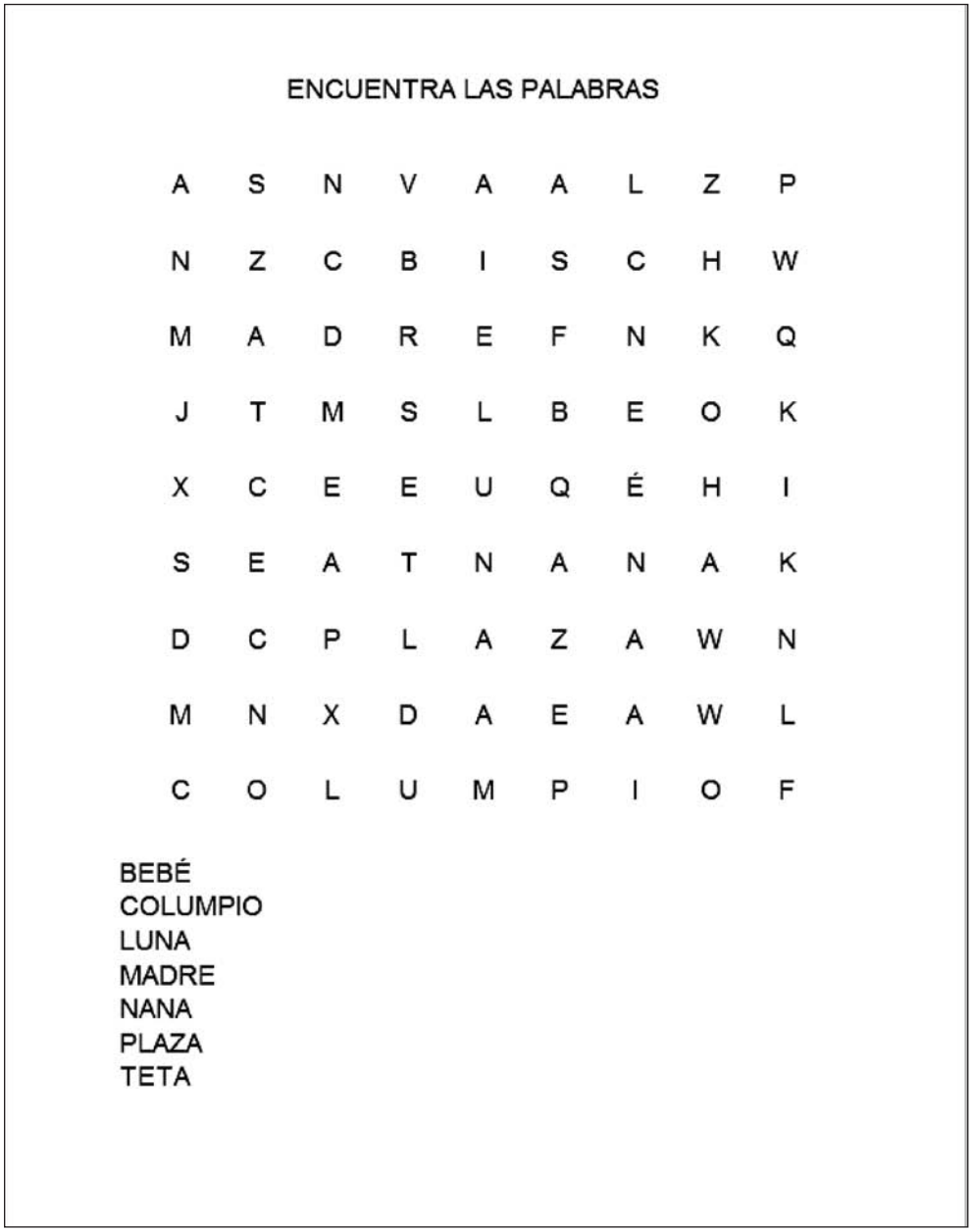
2. ¿Cómo se sentía la madre de Elisa cuando algunas personas la miraban mal por darle pecho a su hija en un lugar público?

3. ¿Te has fijado alguna vez en los cuidados que necesita un bebé? Cuenta algo sobre eso…

4. ¿Qué le dirías a un bebé que no quiere dormirse para tranquilizarlo?

5. Averigua algo sobre ti cuando eras un bebé. Pregúntale a tus padres y luego escribe lo que descubras sobre: cómo dormías, si tomaste pecho o no, cuál fue la primera palabra que dijiste, las canciones que te cantaban, etc.

6. Sopa de letras. Busca las palabras que están escondidas: BEBÉ, TETA, PLAZA, MADRE, NANA, COLUMPIO, LUNA.



7. ¿Cómo definirías las siguientes palabras? –sin consultar el diccionario:

   - Pecho:
   - Bebé:
   - Hambre:
   - Mecedora:
   - Columpio:

8. ¿Cómo te imaginas que es la casa donde vive la familia de Elisa? ¿Cuántas personas viven en la casa?, ¿cómo será la habitación de la niña…?

9. ¿Cómo te imaginas que es Elisa?, ¿qué hace cuando sale del colegio? ¿Crees que tiene muchos amigos?, ¿y cómo serán? ¿Cómo será su colegio?

GUÍA DIDÁCTICA DEL CUENTO "ARTURO Y LAS TRES BOTIJAS"

1. Inventa diálogos:
   - Imagina la conversación que podría mantener Arturo con el rey que metió a sus tres hijas en botijas. ¿Qué le preguntaría Arturo y qué le respondería el rey? Haz un diálogo.

   - ¿Qué responderían las princesas si Arturo les preguntara por lo que ocurrió?

   - Piensa lo que podrían decirse el lobo y la bruja si se encontraran en un camino.

2. ¿Cuáles son tus cuentos favoritos? ¿Por qué?

3. ¿Qué personaje de cuento infantil te gusta más?, ¿por qué?

4. Sopa de letras. Busca los personajes de cuentos que se te indican.

PERSONAJES DE CUENTOS

E	A	G	M	P	C	T	E	S
C	E	R	D	I	T	O	S	O
W	B	E	C	N	G	H	V	W
O	I	T	Y	O	H	A	D	A
A	D	E	Y	C	Q	N	H	B
Y	L	L	H	H	C	S	B	M
A	O	M	V	O	J	E	E	B
U	B	R	U	J	A	L	W	I
X	O	I	L	F	J	D	T	N

BRUJA
CERDITOS
GRETEL
HADA
HANSEL
LOBO
PINOCHO

5. ¿Qué cuento de los que conoces no te gusta mucho como termina? ¿Qué otro final inventarías para él?

6. ¿Podrías inventar otro final para el cuento de Arturo y las tres botijas?

7. Si tuvieras una lupa mágica, como la de Arturo, ¿qué cosa te gustaría investigar?

8. ¿Cómo definirías las siguientes palabras?:

- Cuento:
- Lupa:
- Cuaderno:
- Conejo:
- Llave:

9. ¿Podrías inventarte un cuento? Sería "tu cuento", y podría comenzar así: "Había una vez…" (continúa).

GUÍA DIDÁCTICA DEL CUENTO "LA LETRA NÚMERO"

1. Inventa diálogos:
   - ¿Qué le dice el 1 a la A mientras bailan?

   - ¿Qué se dicen el 0 y los demás números cuando se reencuentran en la fiesta?

   - Imagina que, en la fiesta, se enamoran las letras de otros signos –números, notas musicales, etc. Haz parejas entre ellos y escribe las conversaciones que tendrían.

2. ¿Cómo se sentía Cero cuando era rechazado por sus compañeros, los números?

3. ¿Conoces a alguna persona que se pueda sentir de forma parecida a Cero? ¿Cuál puede ser el motivo? ¿Cómo se le podría ayudar?

4. Todas las personas tienen cualidades que a simple vista pueden pasar desapercibidas. Piensa en algunas que tú conoces (familiares, vecinos, amigos…). Seguramente tienen cualidades muy valiosas que no te has detenido a pensar nunca. Descríbelas.

5. Observa un teclado de ordenador. Hay algunos signos que se utilizan tanto con los números como con las letras, ¿puedes decir alguno?

6. ¿Tú qué piensas, que es más importante el número nueve o el cero? Argumenta tu respuesta.

7. Si tuvieras que elegir un número, ¿con cuál te quedarías? ¿Por qué?

8. Y si tuvieras que elegir una letra; ¿con cuál te quedarías? ¿Por qué?

9. Hay números que dicen que traen suerte. ¿Hay alguno con el que te haya sucedido algo especial? Cuéntalo, anda…

10. Te propongo jugar a las palabras. Es un juego que puede hacerse individualmente, pero que también se podría hacer en grupo. En ese caso, cada niño tendría un turno breve para decir la palabra que se le ocurra. Es condición que las palabras existan realmente; es decir, si se buscaran podrían encontrarse en el diccionario.

   - Dí palabras que comiencen por la letra O.

- Escribe otras que contenga la O, pero no al principio ni al final.

- Nombres de personas que contengan la letra O.

11. ¿Cómo imaginas que sucedió el invento de las letras y los números? Inventa una historia sobre ello.

12. Sin utilizar el diccionario, ¿cómo definirías las siguientes palabras?:

- Oso:
- Sol:
- Solo:
- Ojo:
- Moco:
- Oro:
- O:

13. Inventa otras palabras, que no existan y que lleven la letra O, y ponles el significado que tú quieras.

14. Sopa de letras. Busca los nombres de los números que se piden. Están escondidos entre otras letras...

NÚMEROS

X	Z	G	E	R	Y	H	U	F
K	N	D	O	S	F	Z	J	H
J	J	F	I	I	A	Z	H	X
Z	G	S	B	E	T	D	C	H
F	C	U	A	T	R	O	V	O
K	H	I	T	E	E	I	Q	H
L	Z	U	N	O	S	E	I	S
Z	Z	B	S	C	Z	Z	C	P
T	M	X	X	Y	O	R	V	B

CINCO
CUATRO
DOS
SEIS
SIETE
TRES
UNO

PALABRAS CON "O"

I	A	L	S	G	J	F	M	P
T	D	H	O	W	W	B	O	I
O	M	B	L	I	G	O	C	B
N	D	E	C	R	O	M	O	T
T	Y	D	J	E	O	B	L	S
O	İ	D	O	Z	N	A	K	U
J	M	X	H	F	Q	V	G	P
P	I	U	D	H	C	S	G	T
D	M	Q	J	W	W	K	A	F

BOMBA
CROMO
MOCO
OMBLIGO
OÍDO
SOL
TONTO

Una información sobre los números para compartir con otras personas que no lo sepan:

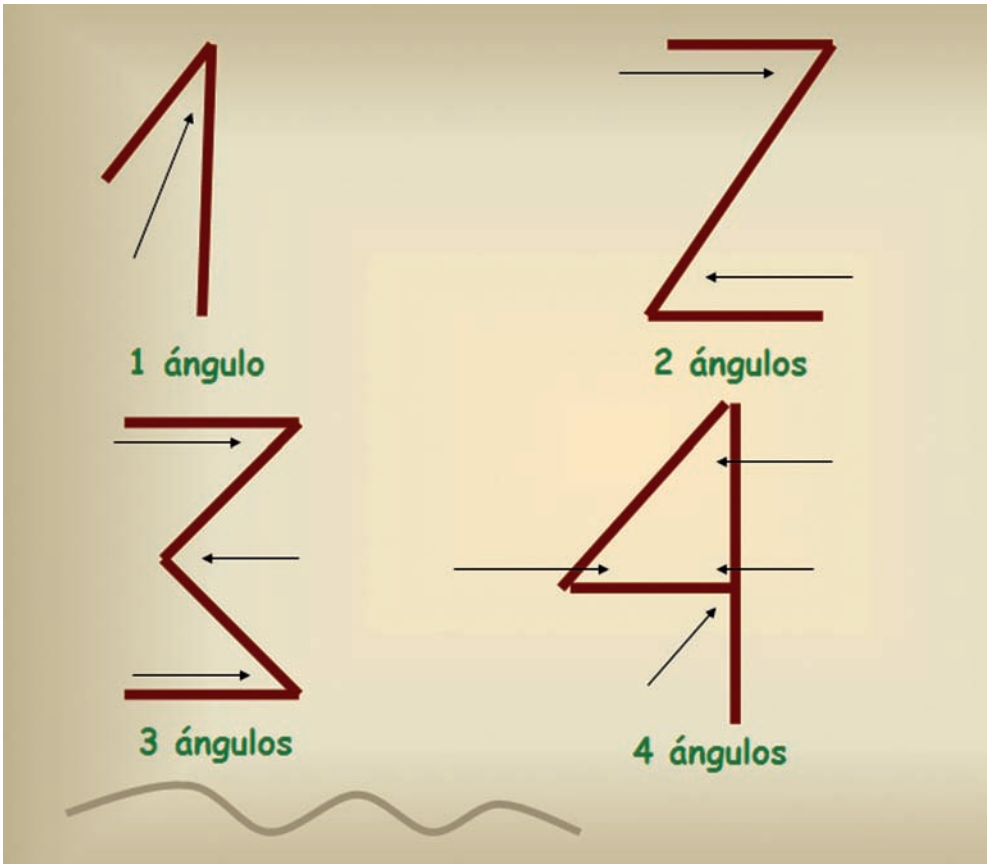
Los números que escribimos están compuestos por algoritmos (1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 0) llamados algoritmos arábigos, para distinguirlos de los llamados algoritmos romanos (I, II, II, IV, V, VI, etc).

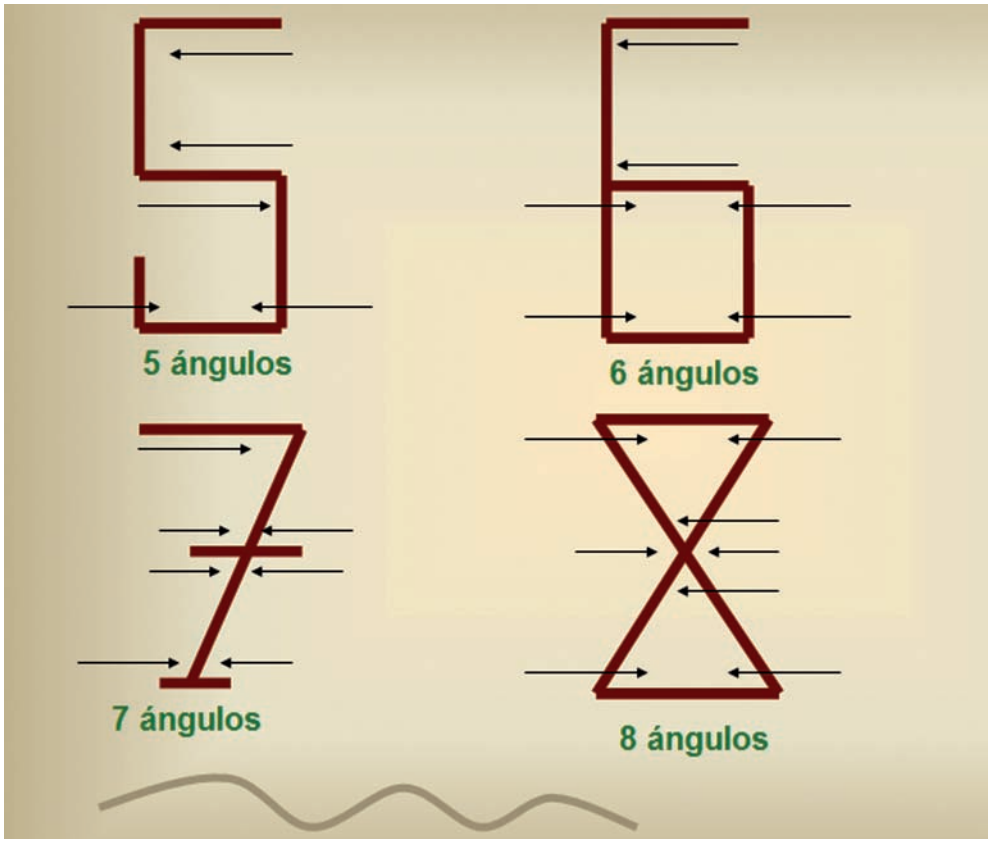
Los árabes popularizaron estos algoritmos, pero su origen se remonta a los comerciantes fenicios, que los usaban para contar y anotar su contabilidad comercial.

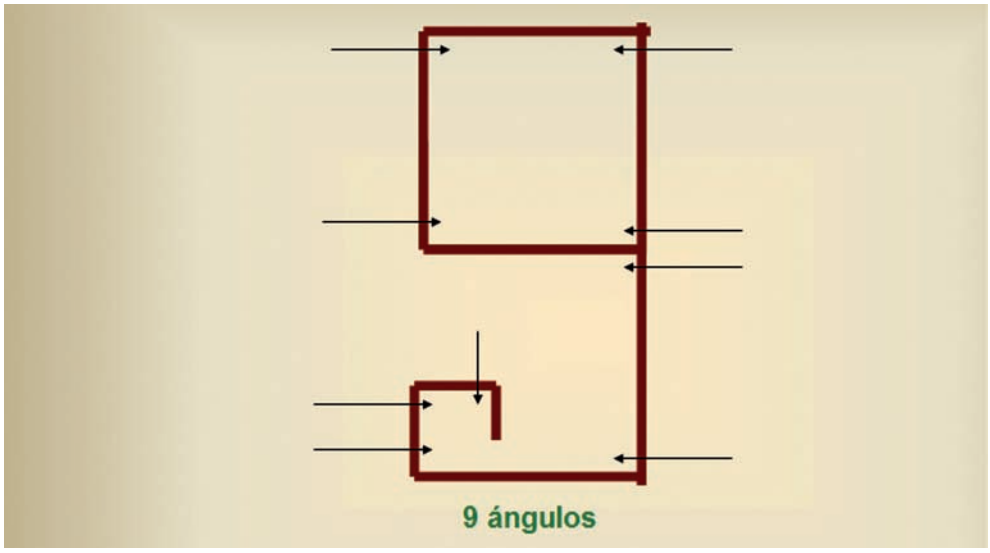
¿Te has preguntado alguna vez el motivo por el cuál el 1 significa "uno", el 2 significa "dos", el 3 significa "tres", etc.?

¡Pues es bien fácil!: ¡Son ángulos!

A continuación, observa los números escritos en su forma original y compruébalo.




5 ángulos
6 ángulos
7 ángulos
8 ángulos


9 ángulos

Y el más interesante e inteligente de todos...

GUÍA DIDÁCTICA DEL CUENTO
"SANDY, LA MUÑECA BOMBERA"

1. Inventa diálogos:

   - ¿Qué conversación mantiene Pimpony con los bomberos para convencerlos de que Sandy se sume a su equipo?

   - Piensa lo que podrían hablar Spiderman y el equipo de bomberos cuando éstos acuden a rescatarlo.

   - Imagina que el dueño de la tienda de juguetes va a la casita de muñecas y se encuentra con que Sandy ya no está allí. ¿Qué conversación mantendría con las otras muñecas?

- Imagina que, después de un tiempo siendo bombera, Sandy va a visitar a su amigo Pimpony. ¿Qué se contarían?

- Imagina que, después de un tiempo siendo bombera, Sandy va a visitar a Emy, Lupe y Lisa. ¿Qué se contarían?

2. ¿Cómo se sentía Sandy siendo sólo una bonita muñeca de escaparate?

3. ¿Cómo se sentiría Sandy cuando cumplió su sueño de ser bombera?

4. ¿Conoces a alguna persona que se pueda sentir de forma parecida a Sandy, cuando no podía dedicarse a lo que verdaderamente le gustaba? Cuenta lo que le ocurre a esa persona, y cómo crees tú que podría cambiar su situación.

5. Imagina que, al cabo de un tiempo, también Emy, Lupe y Lisa se cansan de vivir en su casita de muñecas y desean dedicarse a otra cosa en la vida. ¿Qué tendrían que hacer para conseguirlo? ¿Qué profesión crees que podría elegir cada una de ellas?

6. Sopa de letras. Busca las profesiones que se indican y que están escondidas entre otras palabras.

PROFESIONES

E J W M N J B Y B

I S V T O R E R O

C O C I N E R A M

R C F R M X I M B

X V V I I N D J E

G J J E U T C O R

P R O F E S O R A

P E L U Q U E R O

M E C Á N I C O A

BOMBERA
COCINERA
ESCRITORA
MECÁNICO
PELUQUERO
PROFESORA
TORERO

7. ¿Qué te gustaría ser de mayor?, ¿por qué?

8. Crees que podrían haber otros personajes en el cuento. ¿Cuáles? Dí qué nombres les pondrías, dónde vivirían, cómo serían…

9. Averigua algo sobre la profesión de algunas personas mayores que tú conoces: en qué consiste su trabajo, qué horario tienen, desde cuándo tienen ese trabajo, etc.

10. ¿Cómo definirías las siguientes profesiones?:

- Peluquero:
- Bombera:
- Médico:
- Profesora:
- Ama de casa:
- Conductora:

11. ¿Piensas que debería inventarse alguna otra profesión que todavía no existe? ¿En qué consistiría?

12. ¿Hay profesiones que te parecen más importantes que otras? ¿Cuáles y por qué?

GUÍA DIDÁCTICA DEL CUENTO
"LAS COSAS OLVIDADAS"

1. Inventa diálogos:
   - ¿Qué conversación podría mantener el abuelo de Lucía con el abuelo de su amigo Cristóbal? Ten en cuenta que a los dos tienen un gran problema con su memoria, aunque el abuelo de Cristóbal está más enfermo.

   - Imagina la conversación que mantendrían la madre y el padre de Lucía cuando se dan cuenta de que al abuelo le falla mucho la memoria. Haz diálogos.

   - Piensa lo que podría decirle un pensamiento alegre a otro triste.

- ¿Qué se dijeron Lucía y Nina cuando por fin se encontraron en el jardín?

2. Imagina que un día el abuelo de Lucía sale a dar un paseo y después no recuerda cómo volver a casa. ¿Qué sucedería?

3. Imagina pensamientos tristes. Escríbelos.

4. Por supuesto, también puedes imaginar pensamientos alegres, graciosos o divertidos. Escríbelos.

5. ¿Cómo se sentía el abuelo sabiendo que su memoria ya no le funcionaba muy bien?

6. ¿Qué era lo que más miedo le daba olvidar al abuelo?

7. ¿Conoces a alguna persona mayor que le ocurra lo mismo que al abuelo de Lucía y de Cristóbal? Cuenta lo que tú observas que le sucede.

8. ¿A qué crees que jugaron Lucía y su amiga Nina en el jardín?

9. Sopa de letras. Busca las palabras, que están escondidas, referidas a los miembros de la familia que se te indican.

FAMILIA

A	Q	G	P	Z	N	S	L	N
H	E	R	M	A	N	O	A	Y
F	T	P	A	B	D	B	F	A
L	I	Q	P	U	O	R	Z	M
M	A	D	R	E	A	I	E	F
R	D	L	I	L	G	N	O	C
Y	H	W	M	O	G	O	D	W
M	K	G	O	U	W	E	Y	F
L	K	L	L	O	D	T	X	W

ABUELO
HERMANO
MADRE
PADRE
PRIMO
SOBRINO
TIA

10. ¿Crees que podría haber otros personajes en el cuento? ¿Cuáles? Dí qué nombres les pondrías y cómo te gustaría que fueran.

11. Averigua algo que no sepas sobre tus abuelos: a qué colegio fueron cuando eran niños, a qué jugaban de pequeños, cómo se divertían, cómo era la ropa que llevaban, en qué trabajaban sus padres, dónde vivían, cómo era su habitación, etc.

12. ¿Cómo definirías las siguientes palabras referidas a la familia?:

- Abuelo:

- Tía:

- Primo hermano:
- Hermana:
- Sobrino:

13. ¿Qué cosas que saben hacer tus abuelos te gustaría aprender de ellos?

ÍNDICE

La plaza de las medias lunas..... pág. 15

Arturo y las tres botijas ..... pág. 33

La letra número ..... pág. 59

Sandy, la muñeca bombera ..... pág. 81

Las cosas olvidadas ..... pág. 99

Una reflexión para los "mayores" ..... pág. 131

Guías didácticas de los cuentos ..... pág. 135